
El concilio de Joseph Ratzinger

Notas sobre su actividad durante el Vaticano II

The Council of Joseph Ratzinger

Notes on its activity during the Vatican II

Pablo BLANCO SARTO

Universidad de Navarra. Facultad de Teología / pblanco@unav.es

Abstract: Joseph Ratzinger was, during the Council, the *peritus* and assistant of Cardinal Josef Frings from Cologne. The activity of the young theologian was intense, although it is not easy to evaluate his possible influence in the Council. He took part in the rejection of the *schemata* presented by the Preparatory Commission, and he made contributions on the subjects of the collegiality of the bishops and the relationship between Scripture and Tradition proposed by *Dei verbum*. He received with enthusiasm the liturgical renovation proposed by *Sacrosanctum concilium*, while at the same time proposing the figure of Mary as the first Church. Finally, in the last few sessions, he worked on the decree *Ad gentes*, and on the final redaction of *Gaudium et spes* (n. 10).

Keywords: Vatican II, Joseph Ratzinger, collegiality, Scripture, Tradition, missions, world

Resumen: Joseph Ratzinger fue durante el concilio perito y colaborador del cardenal Josef Frings de Colonia. La actividad del joven teólogo fue intensa, si bien es difícil evaluar su posible influencia en el evento conciliar. Intervino en el rechazo de los *schemata* elaborados por la comisión preparatoria, e hizo sus aportaciones en los temas de la colegialidad de los obispos y la relación entre Escritura y tradición propuesta en la *Dei verbum*. Recibió con entusiasmo la renovación litúrgica sugerida por la *Sacrosanctum concilium*, al mismo tiempo que proponía la figura de María como la primera Iglesia. En fin, en los últimos periodos de sesiones, trabajó también en el decreto *Ad gentes* y en la fase redaccional final de la *Gaudium et spes* (n. 10).

Palabras clave: Vaticano II, Joseph Ratzinger, colegialidad, Escritura, tradición, misiones, mundo

«Juan XXIII había anunciado el concilio Vaticano II –recordaba Ratzinger–, reavivando en muchos hasta la euforia aquel sentimiento de renacimiento y esperanza que, pese a la amenaza que había supuesto la etapa nacionalsocialista, estaba todavía vivo desde el final de la Primera Guerra Mundial»¹. El nuevo concilio podía permitir a la Iglesia renovarse y ponerse al día con las ideas que habían surgido en el periodo de entreguerras. «En la mañana del 8 de octubre de 1962 –describía la escena uno de sus biógrafos–, en la primera clase del avión que salía del aeropuerto de Colonia-Bonn en dirección a

¹ *Mi vida*, p. 97.

Roma, se encontraba un señor mayor. El arzobispo cardenal de Colonia Joseph Frings [...] mantenía una especie de sesión de trabajo con su secretario Hubert Luthe y con un hasta ahora joven desconocido»². Se trataba lógicamente de nuestro teólogo. En estas líneas no pretendemos como es lógico ofrecer una crónica general de los acontecimientos conciliares³, sino tan solo recrear la perspectiva particular de Joseph Ratzinger durante el concilio Vaticano II y su actividad durante el concilio⁴.

I. PRIMER PERIODO CONCILIAR (1962)

Los precedentes teológicos ayudaban a ese nuevo estado de cosas. «Se ha llamado al siglo en el que vivimos el siglo de la Iglesia, recordaba Ratzinger; podríamos llamarlo también el siglo litúrgico y sacramental, puesto que el redescubrimiento de la Iglesia que tuvo lugar durante las dos guerras mundiales, descansa en el redescubrimiento de la riqueza espiritual de la liturgia primitiva cristiana y el principio sacramental»⁵. La Iglesia, la liturgia y los sacramentos –inseparables de la palabra de Dios– son dos de las premisas del Vaticano II. Esto se reflejaba en algunas corrientes teológicas: «el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico y ecuménico y, por último, una fuerte religiosidad mariana configuraron un nuevo clima espiritual en el que floreció también una nueva teología que, en el Vaticano II, dio frutos

² F. DERWAHL, *Der mit dem Fahrrad und der mit dem Alfa kam. Benedikt XVI. und Hans Küng – ein Doppelporträt*, Pattloch, München, 2006, p. 86.

³ Me he servido de M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tiber. Historia del concilio vaticano II* (1967), Criterio, Madrid, 1999; A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, San Pablo, Madrid, 1996; G. ALBERIGO, *Storia del Concilio Vaticano II*, Peeters – Il Mulino, Bologna, 1995-2001, 5 vols.; K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos. Encrucijadas en la historia de la Iglesia*, Trotta, Madrid, 1999; G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, Sígueme, Salamanca, 2005; R. DE MATTEI, *Il Concilio Vaticano II. Una storia mai scritta*, Lindau, Torino, 2010.

⁴ Sobre este tema, puede verse W. REPGES, *Das Konzil und der frühe Ratzinger*, en *Renovatio*, 51 (1995), pp. 193-203; id., *Noch einmal: Das Konzil und der frühe Ratzinger*, en *Renovatio*, 52 (1996), p. 54; H. LOHMANN, *Fragen nach der Lektüre. Das Konzil und der frühe Ratzinger*, en *Renovatio*, 52 (1996), pp. 52-53; N. TRIPPEN, *Joseph Ratzinger als Mitgestalter des II. Vatikanischen Konzils*, en *Communio*, 35 (2006/6), pp. 541-544; P. BLANCO, *Joseph Ratzinger, perito del Concilio Vaticano II (1962-1965)*, en *Anuario de Historia de la Iglesia*, 15 (2006), pp. 43-66; S. MADRIGAL, *Karl Rahner y Joseph Ratzinger. Tras las huellas del concilio*, Sal Terrae, Santander, 2006, pp. 107-136; G. TREFFLER, *Der Konzilstheologe Joseph Ratzinger im Spiegel der Konzilsakten der Münchener Erzbischöfs Julius Kardinal Döpfner*, en P. PFISTER (Hg.), *Joseph Ratzinger und das Erzbistum München und Freising. Dokumente und Bilder aus kirchlichen Archiven, Beiträge und Erinnerungen*, Schnell und Steiner, Regensburg, 2006, pp. 151-183; J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, en *Gregorianum*, 89/2 (2008), pp. 233-311; O. PUTZ, «I Did Not Change; They Did!» *Joseph Ratzinger, Karl Rahner and the Second Vatican Council*, en *New Witnesses*, 2 (2007/1), pp. 11-31.

⁵ *Ser cristiano* (1965), Sígueme, Salamanca, 1967, p. 57.

para toda la Iglesia»⁶. Todo estaba pues dispuesto para que se desencadenara uno de los eventos eclesiales más importantes de la historia.

a) *Colaborador de Frings*

El joven profesor de teología de Bonn –que entonces contaba con apenas treinta y cinco años– relataba del siguiente modo el origen de su participación en el concilio: «Entre el arzobispo de Colonia, el cardenal Frings y yo surgió de inmediato un trato cordial y sereno. [...]. Vino a escuchar una conferencia sobre la teología del concilio que me habían invitado a pronunciar en la Academia católica de Bensberg, e inmediatamente después me entretuvo en una larga conversación, comienzo de lo que sería después una colaboración que se prolongó durante años»⁷. Josef Frings (1887-1978) se había opuesto de modo vigoroso al régimen totalitario nacionalsocialista, y en 1946 fue elevado al cardenato por Pío XII⁸. El cardenal mantuvo una estrecha amistad con el canciller Konrad Adenauer (1876-1967), si bien aquel siempre procuró defender la independencia de la Iglesia. Reconstruyó muchas nuevas iglesias destruidas por la guerra, muchas de ellas en estilo vanguardista, y fundó varias organizaciones de beneficencia misionera, como *Misereor* y *Adveniat*, lo cual le concedía también prestigio ante los obispos de países no europeos que tendrá también su protagonismo durante el concilio⁹. Este venía también por el calado de sus intervenciones conciliares. Cuando Frings hablaba en el aula, se corría la voz en el bar y todos los padres acudían rápidamente de nuevo a su lugar de trabajo¹⁰.

⁶ *Natura e compito della Teologia. Il Teologo nella disputa contemporanea. Storia e dogma*, Iaca Book, Milán, 1993, p. 90.

⁷ *Mi vida: Recuerdos (1927-1977)*, Encuentro, Madrid, 1997, p. 97.

⁸ Cfr. J. CHÉLINI, *Benedicto XVI, heredero del concilio*, Mensajero, Bilbao, 2008, p. 91.

⁹ Cfr. *ibid.*, p. 92. Sobre la actividad de Frings en el concilio, Ratzinger ha publicado *Stimme des Vertrauens. Kardinal Frings auf dem Zweiten Vatikanum*, en N. TRIEN - W. MOGGE (Hg.), *Ortskirche im Dienst der Weltkirche. Festgabe für die Kölner Kardinale Hoffner und Frings*, Colonia, 1976, pp. 183-190; después como *Buchstabe und Geist des Zweiten Vatikanum in den Konzilsreden von Kardinal Frings*, en *Communio*, 16 (1987), pp. 251-265.

¹⁰ Cfr. N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II: *Sein Wirken für die Weltkirche und seine letzten Bischofsjahre*, Ferdinand Schöningh, Paderborn-München-Wien-Zürich, 2005, p. 561; T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi: die Ekklesiologie Joseph Ratzingers und ihr Einfluß auf das Zweite Vatikanische Konzil*, Grünewald, Mainz, 1997, pp. 154-158; sobre el cardenal de Colonia, Ratzinger había publicado previamente *Kardinal Frings. Zu seinem 80. Geburtstag*, en *Christ in der Gegenwart*, 19 (1967), p. 52; *Stimme des Vertrauens. Kardinal Josef Frings auf dem Zweiten Vatikanum*, en N. TRIEN - W. MOGGE (ed.), *Ortskirche im Dienst der Weltkirche. Festgabe für die Kölner Kardinale Hoffner und Frings*, Köln, 1976, 183-190; después después como *Buchstabe und Geist des Zweiten Vatikanums in den Konzilsreden von Kardinal Frings*, en *Communio*, 16 (1987), pp. 251-265. En este último texto Ratzinger nos ofrece una interpretación no política sino teológica de Frings (cfr. *ibid.*, 253), tanto en sus ideas sobre las relaciones entre Escritura y tradición (cfr. *ibid.*, 254-257), como en la visión sobre la Iglesia y la colegialidad, en la que se insistía en la sacramentalidad, la dimensión misionera, la centralidad de la pasión de

Sin embargo, ¿cuál era el texto de aquel joven teólogo que tanto había gustado a Frings? Se trata de un artículo titulado *Teología del concilio* (1961), escrito en las vísperas del importante evento eclesial. Un concilio no era «una construcción estrictamente papal» –decía allí Ratzinger–, pero tampoco «un parlamento, y los obispos no son unos diputados con un poder y un mandato que les viene de un pueblo que los ha elegido. Los obispos no representan al pueblo sino a Cristo, de quien reciben la consagración y la misión. Por eso, cuando se trata de lo más propio de la Iglesia (es decir, de mantener la palabra recibida de Dios) [los obispos] no hablan tampoco en lugar o por mandato del pueblo, sino en lugar y por mandato de Jesucristo». En este sentido, la Iglesia no vendría de un continuo *concilium* –tal como sostenía Hans Küng¹¹–, sino que sería la *ekklesía*, el pueblo de Dios reunido en torno a la palabra y el cuerpo de Cristo. El teocentrismo y el cristocentrismo de esta eclesiología quedaba así fuera de dudas¹².

El cardenal Frings, entonces presidente de la Conferencia episcopal alemana, pronunció en Génova una conferencia titulada *El concilio y el nuevo mundo espiritual moderno* el 20 de noviembre de 1961, preparada –según algunos testimonios– por el mismo Ratzinger y que gozó del favor de Juan XXIII¹³. «Al no pertenecer a ningún pueblo en concreto –dijo ahí el prelado alemán–, esta [la Iglesia] puede llevar a cabo de un modo más eficaz la función de paz, que lleva a todos los pueblos a una superior unidad»¹⁴. La unidad y la catolicidad aparecen de modo recurrente en este texto. *Che bella coincidenza de pensiero!*, exclamó el papa ante estas palabras¹⁵. También el

Cristo y *die Armut und die Armen*, así como la relación con la santidad (cfr. *ibid.*, 258). En fin, concluye Ratzinger afirmando que «Kardinal Frings war ein gottesfürchtiger Mann [...] und darum weise» (*ibid.*, 265). Desde 5.6.60 Frings formará parte de la comisión antepreparatoria (cfr. T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, pp. 162-165).

¹¹ *Das theologische Verständnis des ökumenischen Konzils*, en *Theologisches Jahrbuch*, 141 (1961), pp. 50-77.

¹² *El nuevo Pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Herder, Barcelona 1972, 188.

¹³ Cfr. J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, p. 234. Esa conferencia fue titulada originalmente *Kardinal Frings über das Konzil un die moderne Gedankenwelt*, en *Herder Korrespondenz*, 16 (1961-1962), pp. 168-174; después en P. PFISTER (Hrsg.), *Joseph Ratzinger und das Erzbistum München und Freising*, pp. 159-172. En primer lugar, el texto destaca la sintonía entre los concilios y los acontecimientos históricos que les rodean. Se deberían pues tener en cuenta las ideas del momento como el deseo de unidad del género humano, la influencia de la ciencia y la tecnología, así como de las ideologías entendidas en sentido positivo. Al mismo tiempo, la conferencia señalaba que han de ser tenidas también en cuenta las aportaciones de la teología en los últimos tiempos: los movimientos bíblico, litúrgico, patrístico, ecuménico y mariano. Ofrece en fin una reflexión sobre el relativismo y la dignidad de la persona, pues para discernir con claridad estos principios se requiere la luz y la ayuda aportadas por el mensaje cristiano (cfr. J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, pp. 253-261).

¹⁴ G. CAPRILE (ed.), *Il concilio Vaticano II. Cronache del concilio Vaticano II*, I, La Civiltà Cattolica, Roma, 1966, p. 300.

¹⁵ Cfr. *Aus meinem Leben*, en K. WAGNER - A. H. RUF (eds.), *Kardinal Ratzinger. Der Erzbischof von München und Freising in Wort und Bild*, München, 1978, p. 66; N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, 262; T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, pp. 116-174.

cardenal Siri de Génova se mostró amigable con el contenido, según revela el mismo Frings¹⁶. Reflejaba muy bien el talante del cardenal germano. «Solo se le puede etiquetar de liberal –afirmaba el mismo Ratzinger– si se entiende en un sentido muy amplio, como alguien con gran visión, apertura y nobleza»¹⁷. Ratzinger preparará también más adelante un segundo texto. Se trata de tres páginas mecanografiadas y redactadas en latín, bajo el título *Introductio*¹⁸, en el que se intentaban resumir las metas y los objetivos del concilio.

«Ratzinger fue muy importante para el cardenal Frings», afirma Vorgrimler, tal como lo fueron otros teólogos para otros obispos, arzobispos y cardenales¹⁹. Sin embargo, antes de seguir adelante, debemos realizar una advertencia metodológica. Como decía el entonces cardenal Ratzinger, «jamás se debe –Karl Rahner lo decía a menudo– sobrestimar el papel de un solo individuo. El concilio era un cuerpo muy grande y, si bien algunos imprimieron impulsos determinantes, no lo habrían logrado si otros no hubieran deseado lo mismo. [...] Yo me siento un poco sobrevalorado. Si no hubiera existido esta comunidad de compañeros en camino, quienes iban en la misma dirección, un individuo aislado –que además era un teólogo desconocido para el mundo–, no hubiera sido jamás escuchado, a pesar de que hablaba por boca de un cardenal conocido»²⁰. Así, habría que tener en cuenta el influjo de las ideas que se habían ido fraguando poco a poco en los años anteriores al concilio.

¹⁶ Cfr. J. FRINGS, *Für die Menschen bestellt. Erinnerungen des Alterbischofs von Köln*, Bachem, Köln, 1973, p. 149.

¹⁷ *Buchstabe und Geist des Zweiten Vatikanum in den Konzilsreden von Kardinal Frings*, p. 251.

¹⁸ El cardenal Döpfner escribió en la primera página del texto original *Vorschlag v. Kard. Frings zu einer Einleitungskonstitution des Konzils (entworfen v. Prof. Ratzinger) – Juni 1962*. Texto recogido en J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, pp. 153-155. El texto comienza diciendo que la Iglesia es como una ciudad puesta en lo alto de un monte, para que toda la humanidad pueda mirarla y dirigir sus pasos hacia ella. Retomando el discurso que Ratzinger había preparado para la conferencia de Génova, el texto afirmaba que la tecnología a veces impedía al hombre dirigirse a Dios. El concilio quiere hablar un nuevo lenguaje y renovar la Iglesia interior y exteriormente. Esta renovación traerá consigo un intenso espíritu misionero y de servicio a toda la humanidad, el cual en definitiva nace de la eucaristía y que atraerá también a cristianos de otras confesiones. Tras citar las palabras de Pablo («siendo muchos, somos uno, porque comemos todos del mismo pan»: 1Co 10,17), el texto concluye: «Bendiga el Señor el concilio reunido en su santo nombre»: cfr. Comm. Praep. Centrale (4-5.5.1962): AD II/3, pp. 745-746, pp. 815-816.

¹⁹ H. VORGRIMLER, *Karl Rahner. Experiencia de Dios en su vida y en su pensamiento*, Sal Terrae, Santander, 2004, p. 110.

²⁰ *La sal de la tierra. Cristianismo y la Iglesia en el nuevo milenio*, Palabra, Madrid, 1998, pp. 72-73; cfr. también p. 77; *Geleitwort*, T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, XIII. Del 28 al 30 de diciembre tendrá lugar en Múnich lo que se ha venido a llamar la «comisión de los dos obispos y los siete teólogos» de la que también formará parte Ratzinger, cuyas conclusiones fueron después difundidas entre los padres conciliares (cfr. *ibid.*, p. 212).

b) *La cuestión de los esquemas*

Frings –afirma Allen– era una leyenda en los círculos eclesiales de Europa. Había sido un buen estudioso de la sagrada Escritura, licenciado en el Instituto Bíblico de Roma con un estudio sobre el nuevo testamento. «Era buen montañero, aunque en tiempos del concilio contaba ya con setenta y seis años y una salud en declive. Estaba casi ciego, por lo que dependía de otros para leer los documentos preparatorios, propuestas, *memoranda* y demás tipos de papeles que circulaban antes y durante el concilio»²¹. Frings escogió después a Ratzinger –entre otros– como colaborador personal y este se convirtió en un estrecho asesor teológico²². El cardenal de Colonia hizo llegar a su joven colaborador los *Schemata* de la fase preparatoria, elaborados para la comisión preconiliar, pues mantenía cierta distancia respecto al lenguaje empleado en ellos²³.

Al igual que muchos otros obispos y teólogos centroeuropeos, Ratzinger mostraba sus reservas hacia los esquemas redactados por las comisiones preparatorias.

²¹ J. L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger. The Vatican's Enforcer of the Faith*, Continuum, New York, 2000, p. 52.

²² Cfr. *Buchstabe und Geist des Zweiten Vatikanum in den Konzilsreden von Kardinal Frings*, pp. 253-254; N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, p. 244, pp. 290-297; T. WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, pp. 158-205.

²³ Cfr. *Buchstabe und Geist des Zweiten Vatikanum in den Konzilsreden von Kardinal Frings*, p. 253; carta de Ratzinger al autor de 18.12.95 en T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, p. 165. Por ejemplo, sobre las reuniones mantenidas del 8 al 9 de mayo de 1962 acerca del esquema *De Ecclesia* afirma Trippen: «In die theologisch differenzierenden Argumentation zum Schema *De Ecclesia* ist zweifellos die Zuarbeit Professor Ratzingers eingeflossen» (N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, 284). Sobre el *De sacerdotibus lapsis*, afirma Ratzinger en una nota del 16.6.62 tras proponer una serie de objeciones: «Ich meine deshalb, es sollte bleiben wie es ist» (*ibid.*, p. 290). En el *De Ecclesiae unitate* sugiere una serie de precisiones terminológicas, mientras el *De apostolatu laicorum* lo había analizado el 27.5. Sobre el *De Ecclesiae magisterio*, afirma que «mich auch eine kurze Ausführung über moralischen Grenzen des Juridiktionsprimats einfügen sollte» (*ibid.*, p. 291). En fin, sobre el esquema sobre la libertad religiosa y las relaciones entre Iglesia y Estado, recuerda el amor, la libertad, la generosidad y los principios expuestos en Mt 18,15-17 (cfr. *ibid.*, pp. 292-295).

También hay dictámenes sobre el esquema sobre María, y acerca de los *De ordine sociale* y el *De communitate gentium*, añade «dass sie so weit in soziologische Details verlieren» (*ibid.*, p. 297). Frings responde con una carta del 29.8.62 a su joven ayudante con los nuevos esquemas y una serie de consultas, así como una invitación para hablar el próximo 10 de octubre sobre el *De fontibus* (*ibid.*, pp. 308-309). El 14.9.62 emite Ratzinger una respuesta que será enviada tal cual por Frings a Cicognaui el 17.9, en la que se afirma que el esquema *De liturgia* habla al hombre de hoy mientras se advierte que, en el *De Ecclesiae unitate*, no se habla de las comunidades eclesiales surgidas a partir de la Reforma (*ibid.*, p. 310). El 3.10 Ratzinger envía 15 nuevas páginas con correcciones a los esquemas (*ibid.*, p. 314). Días después (el 14.10) tendrá lugar un encuentro con varios *Konziltheologen* en la casa episcopal de Maguncia, donde se acuerda que el estilo ha de ser más pastoral y definitorio, y se añade que –por ejemplo– en lo que se refiere a las relaciones con los medios de comunicación se podría contar con el consejo de los laicos (cfr. *ibid.*, pp. 310-311). Alguien ha llamado a estas propuestas el *Plan Rabners*, formulado por una *Textwerkstatt* integrada por Volk, Rahner, Ratzinger y Semmelroth (cfr. G. WASSILOWSKY, *Universales Heilsakrament Kirche. Karl Rabners Beitrag zur Ekklesiologie des II. Vatikanums*, Tyrolia, Innsbruck, 2001, p. 182).

«Sin lugar a dudas, la renovación bíblica y patrística que había tenido lugar en los decenios precedentes había dejado poca huella en estos documentos, que daban más bien una impresión de rigidez y escasa apertura, de una excesiva dependencia de la teología escolástica, de un pensamiento demasiado erudito y [demasiado] poco pastoral»²⁴. Más adelante, en una conferencia que tuvo lugar en Bonn, el 18 de enero de 1963, Ratzinger recordaba que aquellos setenta esquemas preparatorios ocupaban dos mil páginas, lo cual suponía el doble de todo el magisterio anterior de la Iglesia en los casi dos mil años de existencia²⁵. Era comprensible la reacción del aula conciliar en sus primeros días del Vaticano II ante semejante avalancha de material, escasamente articulado en torno a un proyecto poco definido.

El concilio inició su andadura en la mañana del 11 de octubre de 1962, en medio de un ritual imponente, recordaba Ratzinger. En el discurso inaugural titulado *Gaudet mater Ecclesia*, Juan XXIII se dirigió a «los profetas de calamidades» para pedirles que miren con más benevolencia el mundo actual. Se refería también allí al famoso *aggiornamento*, a la puesta al día en los modos concretos e históricos de expresar la fe de siempre. «Fue un discurso –valora Schatz– que abogaba claramente por una línea aperturista, que no se quedaba en la condena de herejías, sino que se planteaba las preguntas propias del mundo moderno, para poder anunciar de modo adecuado el evangelio. [...] En un primer momento, este discurso pronunciado durante una larga y pomposa liturgia, fue apenas apreciado en su verdadero alcance por la mayoría de los obispos y teólogos»²⁶.

La misa inaugural fue en latín, con el evangelio en griego y posteriores peticiones en árabe y eslavo, a petición del mismo Juan XXIII²⁷. Ratzinger hizo notar sin embargo que se trataba de una liturgia poco acorde con los tiempos, sobre todo desde las ideas propuestas por el movimiento litúrgico²⁸. No obstante, esta sensibilidad litúrgica pronto aparecerá en los documentos conciliares y aquella inauguración

²⁴ *Mi vida*, p. 98. Trippen y Wicks afirman que el cuerpo del texto de Frings pertenece a Joseph Ratzinger: cfr. J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, p. 239. El cardenal alemán envió a finales de agosto un ejemplar con los siete esquemas preparados hasta ese momento (revelación, depósito de la fe, moral cristiana, matrimonio y virginidad, liturgia, medios de comunicación e Iglesias orientales), y Ratzinger se lo devolvió el 14 de septiembre de 1962. Como hemos visto los días anteriores (9 al 11 de septiembre), había tenido lugar en Maguncia una reunión auspiciada por el cardenal Hermann Volk y dirigida por Karl Rahner. Frings tan solo añadió la firma y un saludo al cardenal Cicognani al análisis ofrecido por el joven perito. El original en latín se encuentra en *ibid.*, pp. 293-295. Ratzinger consideró positivos solo dos de los esquemas: los de la liturgia y las Iglesias orientales. Para él, sintonizaban perfectamente con la voluntad general del concilio y además no tenían un comienzo que solo importaba a los teólogos. En fin, debería especificarse que la unidad con los protestantes se encuentra en la agenda del Vaticano II (cfr. *ibid.*, pp. 240-241).

²⁵ Cfr. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils. Ein Rückblick*, Bachem, Köln, 1963, p. 8.

²⁶ Cfr. K. SCHATZ, *Encrucijadas en la historia de la Iglesia*, Trotta, Madrid, 1999, p. 275.

²⁷ Cfr. F. DERWAHL, *Der mit dem Fahrrad und der mit dem Alfa kam*, p. 94.

²⁸ Cfr. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, p. 11.

quedó grabada en la retina y en la conciencia de no pocos. «El comienzo del concilio –valoraba Hubert Jedin, otro de los peritos del cardenal Frings– supuso un toque de trompeta en el interior de la Iglesia, y tal vez todavía más fuera de la Iglesia»²⁹. Las sesiones plenarias del concilio se abrían con la celebración de la eucaristía y, a partir del segundo periodo de sesiones, con la entronización del evangelio, signos de la presidencia de Cristo en el Pan y en la Palabra. Era algo más que un gesto.

c) *La liturgia y las comisiones*

La unanimidad de los padres conciliares en la votación de la estructura fundamental del esquema de la *Sacrosanctum concilium* fue casi total. Este hecho despertó el entusiasmo del joven teólogo, quien por entonces escribió a favor de las nuevas propuestas litúrgicas: la dimensión comunitaria de la celebración, la importancia de la proclamación de la Palabra, la participación activa de los laicos, el uso de las lenguas vernáculas, la riqueza de los ritos litúrgicos orientales³⁰. Para Ratzinger la aprobación de la Constitución sobre la sagrada liturgia constituyó un acontecimiento trascendental, ya que esta constituye «el centro de la Iglesia y, por tanto, el auténtico punto de partida de toda renovación»³¹. El calado de la centralidad de la liturgia ocupa un lugar destacado en la concepción que de la Iglesia tiene el concilio. Más adelante, en otoño de 1964, se preguntará si la reforma litúrgica conseguirá una «nueva comprensión recíproca de los cristianos», con consecuencias ecuménicas positivas³².

Fue también –como es bien sabido– un hervidero y lugar de encuentro de ideas teológicas. «No puedo olvidar ni quiero describir aquí la experiencia particularísima –recuerda Ratzinger– [...], el privilegio de tener múltiples encuentros con Henri de Lubac, Jean Daniélou, Yves Congar, Gerard Philips, por citar solo algunos nombres destacados; los encuentros con obispos de todos los continentes y las conversaciones personales con algunos de ellos»³³. Tales conversaciones marcaron su vida y su teología, a la vez que analizaban documentos de trabajo, preparaban textos y mociones alternativos, limaban *propositiones* para sugerirlas a los padres conciliares e incluso preparaban el *timing* de las intervenciones de los obispos favorables³⁴. La conviven-

²⁹ H. JEDIN, *Chiesa della fede, Chiesa della storia*, Morcelliana, Brescia, 1972, p. 108.

³⁰ Cfr. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, pp. 27-38.

³¹ *Ibid.*, pp. 25-26.

³² *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, Bachem, Köln, 1965, 22. El cardenal Frings intervino en el aula conciliar sobre este tema los días 22.10, 7.11, 14.11, 17.11 (cfr. *Acta Synodalia Sacrasancti Concilii Oecumenici Vaticani II. Appendix I (=AS)*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1976ss.: I/1, 309s.; I/II, 327s.; I/III, 34-36, 139).

³³ *Mi vida*, p. 3, p. 98.

³⁴ Cfr. *Ratzinger professore. Gli anni dello studio e dell'insegnamento nel ricordo dei colleghi e degli allievi (1946-1977)*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2008, 101.

cia de obispos y teólogos, de gente de distintas culturas y situaciones, e incluso más adelante con miembros de diferentes confesiones cristianas constituía una oportunidad única. Es lo que se ha llamado «el secreto del concilio»³⁵.

«Aunque Ratzinger no podía hablar en el aula conciliar –comenta uno de sus biógrafos–, fue un personaje público en otro sentido. Pronunció conferencias sobre temas conciliares en varios lugares de Roma, organizó sesiones informativas para los padres conciliares, y publicó unos bien conocidos comentarios sobre el concilio»³⁶. Ratzinger atribuye a su vez al cardenal Frings varias intervenciones iniciales decisivas para la orientación posterior del concilio. Una de ellas consistió en el rechazo de las diferentes comisiones conciliares que la curia romana había preparado, mientras por el contrario algunos pensaban que –una vez presentadas las listas– se pudiera proceder a la inmediata votación. Pero no todos pensaban igual. «Entonces los cardenales Liénart y Frings se pusieron en pie y dijeron: “así no podemos votar; es mejor que nos conozcamos un poco unos a otros, para saber quién es el más indicado para cada comisión”. Aquel fue el primer toque de atención nada más empezar el concilio»³⁷.

El cardenal Montini de Milán, futuro Pablo VI, y otros obispos de ámbito centroeuropeo, ofrecieron un claro apoyo a la contrapropuesta. A esto se sumó la cuestión de los esquemas preparados por la curia romana. En una carta fechada el 18 de octubre, dirigida al secretario de Estado, los padres conciliares afirmaban que «el material preparado no parece conformar una estructura armónica y unitaria, y no se eleva a la altura de un faro que ilumine nuestro tiempo y nuestro mundo»³⁸. Se sucedieron entonces los encuentros y los intercambios de listas para crear las nuevas comisiones, y fue este el nacimiento de un gran espíritu de entendimiento –«alianza» la ha llamado alguno– entre los obispos europeos.

³⁵ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 195.

³⁶ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, p. 8, p. 55. «Estaba sentado en una tribuna donde los peritos tenían su sitio –recuerda el ex-perito conciliar–, de modo que podía seguir así los trabajos conciliares. En los primeros dos meses, no era todavía perito conciliar, sino tan solo un perito privado del cardenal. Solo en noviembre el papa me nombró perito oficial, y desde ese momento he tomado parte en todas las sesiones conciliares» (*Vi racconto il mio concilio*, en *Reset*, 89 (2005/3), p. 18). El profesor alemán constataba aires de intenso optimismo, escribiendo años después al respecto: «En el concilio penetró algo de la brisa de la era Kennedy, de aquel ingenuo optimismo de la idea de una gran sociedad: lo podemos conseguir todo, si nos lo proponemos y ponemos medios para ello» (*Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona, 1985, p. 445). Pero ante todo le parecía a Ratzinger un impresionante acontecimiento del Espíritu. «El concilio, una pentecostés: era esta una idea que respondía a los sentimientos de aquella hora. [...] Era este el signo, preñado de promesas de los primeros días del Vaticano II» (*ibid.*, 440; cfr. AS, *Indices*, 946; T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, pp. 208-210).

³⁷ *La sal de la tierra*, p. 79; cfr. también *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, p. 11, pp. 7-8. La intervención del cardenal Frings, preparada por el mismo Ratzinger, aparece publicada en AS, *Appendix I*, pp. 74-77.

³⁸ Cfr. C. CREMONA, *Pablo VI*, Palabra, Madrid, 1996, p. 221.

Para Ratzinger y Luthe, otro colaborador del cardenal Frings, aquel supuso ser un periodo de consultas muy intenso, pues tuvieron que preparar las nuevas listas³⁹. Tuvieron lugar entonces las oportunos escrutinios. «El resultado de estas elecciones fue notablemente satisfactorio para la alianza europea, comenta Wiltgen. [...] Los candidatos de la alianza constituían el cincuenta por ciento de los miembros de la Comisión teológica, la más importante. [...] Ocho de cada diez candidatos propuestos por la alianza europea ocuparon un puesto en las comisiones. Alemania y Francia estaban representadas en todas las comisiones, menos una. [...] Tras esta elección, no parecía demasiado difícil prever qué grupo estaba lo bastante organizado para asumir el liderazgo del Concilio Vaticano II. El Rin había comenzado a desembocar en el Tíber»⁴⁰.

Junto a este grupo centroeuropeo, surgían al mismo tiempo los intereses de los obispos «mediterráneos» y de los obispos de la periferia: africanos, asiáticos y latinoamericanos⁴¹. Ratzinger se situó de modo claro desde un primer momento en la llamada ala reformista. Sin embargo, siempre reconoció la valía y la función de sus oponentes conciliares, «cuya seriedad –escribirá más adelante– no presenta la menor duda, y tampoco la necesidad del servicio que prestan: [...] su protesta no es sin más airada, y bajo muchos aspectos era y es merecedora de reflexión»⁴². Así, el teólogo alemán ha rechazado siempre una simplista interpretación del concilio en clave dialéctica, en la que «derecha» e «izquierda», «liberales» y «reaccionarios», «progresistas» y «conservadores» tan solo luchaban por conseguir el poder e imponer sus propias opiniones⁴³.

³⁹ Cfr. S. VON KEMPIS, *Benedetto*, pp. 131-132.

⁴⁰ R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber. Historia del concilio vaticano II* (1967), Criterio, Madrid, 1999, pp. 23-24.

⁴¹ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 62.

⁴² *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 82.

⁴³ *Das Konzil auf dem Weg. Rückblick auf die Zweite Sitzungsperiode*, Bachem, Köln, 1964, p. 28. Por el contrario, la actitud habitual de los padres conciliares resultaba imposible de reducir a estos esquemas: «Una vez realizada la votación –comenta un cronista de los padres conciliares de una y otra línea–, estaban tan dispuestos como cualquier otro a aceptar el decreto promulgado. Básicamente, tal fue la actitud de todos los padres conciliares [...]; cada cual estaba convencido de que su postura sobre un determinado punto era la correcta [...]. Pero estos hombres, conocedores de las leyes eclesíásticas, también comprendían que ambos lados no podían tener toda la razón al mismo tiempo. Y en última instancia se adherían a la opinión mayoritaria, tan pronto esta quedaba finalmente clara y era promulgada por el papa como doctrina común enseñada por el Concilio Vaticano II» (R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, p. 289). Por otro lado estaba el importante papel desarrollado por los medios de comunicación, los cuales –comenta Alberigo– «ofrecían una clave de lectura sobre el significado de las distintas sesiones, que a menudo pasaba inadvertido a muchos de los padres» conciliares (G. ALBERIGO, *Transizione epocale. Studi sul Concilio Vaticano II*, Pubblicazioni dell'istituto per le scienze religiose - Bologna, p. 799).

d) *El esquema* De revelatione

Otro de los debates fue sobre la revelación, en el que Frings –como biblista– estaba muy interesado. Los acontecimientos tenían su prehistoria. El esquema inicial había escogido el título de *De fontibus* –sobre las fuentes–, en polémica con el principio protestante de la *sola Scriptura*⁴⁴. Confluían en este esquema dos visiones distintas. Por un lado, Alfredo Ottaviani (1890-1979) y la Comisión teológica del concilio proponían la Escritura y la tradición como dos fuentes paralelas que se complementaban recíprocamente, a la vez que aprovechaban para formular una crítica un tanto radical al método histórico-crítico. Por el contrario, Augustin Bea (1881-1968) y el Secretariado para la unidad de los cristianos sostenían que existía una estrecha relación entre ambas fuentes de la revelación. La revelación se encontraría más bien en la unidad entre las dos fuentes. Además, se unía a esto una cuestión de estilo: mientras la primera propuesta se expresaba en un lenguaje especulativo y escolástico, la segunda tendencia encontraba su propia voz en un estilo bíblico y patrístico⁴⁵.

«El segundo “toque” –recuerda Ratzinger– [...] fue, en concreto, que –cuando se iba a someter a debate el texto de la revelación– el cardenal Frings aclaró que, tal como estaba redactado (yo había colaborado con él), no tenía un punto de partida adecuado. Hubo que redactarlo de nuevo a mitad del concilio. Aquel sí que fue un toque de atención»⁴⁶. Según recuerdan los cronistas, «una verdadera lluvia de fuego se abrió sobre el *De fontibus*. “El esquema no gusta” fue el comienzo de autorizadas intervenciones, entre las que hay que destacar como particularmente duras las de los cardenales Liénart y Frings»⁴⁷. El cardenal alemán declaró que era «ofensivo para los hermanos separados»⁴⁸. Las objeciones al esquema conciliar sobre la revelación se centran, en opinión de Ratzinger, en que este se mostraba demasiado imbuido de un espíritu antimoderno, y denotaba más bien «una teología de las negaciones y prohibiciones» que una «propuesta positiva»; además, no utilizaba el «lenguaje pastoral y ecuménico» que buscaba el concilio: «el lenguaje de la Escritura, de los Padres, de los hombres de hoy»⁴⁹.

⁴⁴ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, Sígueme, Salamanca, 2005, pp. 56-57.

⁴⁵ Cfr. *Buchstabe und Geist des Zweiten Vatikanum in den Konzilsreden von Kardinal Frings*, pp. 255-257; K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, pp. 262-263, pp. 277-278; K. BARTH, *Ad limina apostolorum*, EVZ, Zürich, 1967, pp. 47-59. Sobre el voto del cardenal Frings, afirma su historiador: «wie in der Vorlage Ratzingers, so waren auch im Votum des Kardinals [...] eingefflossen» (N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, p. 295).

⁴⁶ *La sal de la tierra*, pp. 78-79.

⁴⁷ Cfr. A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, San Pablo, Madrid, 1996, p. 231.

⁴⁸ M. GRELOT, *In rinnovamento biblico nel XX secolo. Memorie di un protagonista*, Paoline, Cinisello Balsamo, 1996, pp. 37-38.

⁴⁹ Cfr. *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, 41, 46.

Esta intervención en el aula conciliar había sido preparada concienzudamente. El 10 de octubre de 1962, en la germánica *Santa Maria dell'Anima* y ante un grupo de obispos de habla alemana, Ratzinger presentaba –junto con Karl Rahner– un esquema alternativo sobre la revelación⁵⁰. Una segunda versión de esta ponencia dio lugar posteriormente al opúsculo *Revelación y tradición* (1965), donde Ratzinger realizaba un detenido examen histórico del concepto de tradición y su relación con la Escritura, sobre todo en el concilio de Trento, al hilo de sus pesquisas en la frustrada tesis de habilitación sobre el concepto de revelación en Buena Ventura. Ahora llegaba a la conclusión de que Escritura y tradición no constituyen dos fuentes diferentes, sino una sola en la que ambas se unen íntimamente⁵¹. «Me parece que el hecho primero y más importante –concluye– es que el concilio [de Trento] vio con más claridad la conexión del concepto de revelación con el de tradición»⁵².

Un grupo de teólogos franceses y alemanes se reunieron más adelante en la casa *Mater Dei*. En concreto, los dominicos Congar, Chenu y Schillebeeckx, los jesuitas Lubac, Daniélou y Rahner, los jóvenes sacerdotes seculares Küng y Ratzinger, junto con otros muchos. El 21 de octubre, Congar presentaba un *proemium* al esquema sobre la divina revelación, en el que lo ponía en entredicho. Ratzinger estaba allí presente. El 25 Ratzinger leyó su texto ante los cardenales Alfrink, König, Liénart, Suennens, Montini y Siri. Dos días después el grupo de teólogos se volvía a reunir en la casa de monseñor Hermann Volk (1903-1988), recién nombrado obispo de Maguncia, para volver a comentar una vez más el nuevo texto. El domingo 4 de noviembre, el cardenal Frings había propuesto el modo en que se podría presentar

⁵⁰ Texto original alemán «Bemerkungen zum Schema *De fontibus revelationibus*» en J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, pp. 295-309. Tuvo lugar una posterior reunión en el Giannicolo, en el que se presentó de nuevo el *Rahner-Ratzingers Schema* (cfr. G. WASSILOWSKY, *Universales Heils sakrament Kirche*, p. 182). El 4.11 sin embargo Congar lo rechaza (cfr. *ibid.*, p. 187).

⁵¹ Cfr. K. RAHNER – J. RATZINGER, *Revelación y tradición*, Herder, Barcelona, 1970, pp. 54-76.

⁵² *Ibid.*, p. 73. A la vez, aportaba una serie de conclusiones teóricas: en primer lugar, Cristo es el centro de la revelación («La realidad que acontece en la revelación cristiana no es otra, ni otro, que Cristo mismo. Es él, en sentido propio, la revelación»: *ibid.*, p. 42); además, la tradición se encuentra íntimamente unida a la palabra de Dios: «La tradición es siempre, por esencia, interpretación; no existe independiente, sino como explicación, como exposición “según la Escritura”» (*ibid.*, p. 51). Las similitudes de estas ideas con el futuro texto conciliar resultan evidentes. Ratzinger afirmaba de igual modo en 1964 que –en esta relación entre revelación, Escritura y tradición– está en juego no solo «la dimensión histórica de la teología», sino también «la posibilidad de fundamentarse libremente en el pensamiento contemporáneo, caracterizado por los métodos modernos de la ciencia» (cfr. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, pp. 35 y 37). Sobre este tema, puede verse también H. VERWEYEN, *Ein unbekannter Ratzinger. Die Habilitationsschrift von 1955 las Schlüssel zu seiner Theologie*, Pustet, Regensburg, 2010, 27-34. Según Frings, esta intervención «eine große Rolle spielen sollte» en el *De revelatione* (N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, p. 315).

este texto alternativo, en lugar de los esquemas oficiales. El 11 se decide fotocopiarlo y distribuirlo⁵³.

El texto, reproducido en multicopista, circulará por el aula conciliar con la siguiente explicación: «Los presidentes de las conferencias episcopales de Austria, Bélgica, Francia, Alemania y Holanda se atreven a sugerir el siguiente material»⁵⁴. Según Congar, se distribuyeron tres mil copias del texto⁵⁵. El esquema inicial proponía la Escritura y la tradición como dos fuentes separadas y en paralelo de la Revelación. Ambas tenían igual importancia. Esta postura presentaba problemas ecuménicos, sobre todo con los protestantes, quienes sostenían no solo la superioridad de la Escritura sino la doctrina de la *sola Scriptura*⁵⁶. El esquema *De fontibus revelationis* será después rechazado por los padres conciliares, también gracias a la intervención de Frings en el aula conciliar⁵⁷. Para Ratzinger, el principal logro del documento conciliar resultante será la unidad entre Escritura y tradición, la lectura de la Biblia en la Iglesia y la aplicación del método histórico crítico para la interpretación de la Escritura⁵⁸.

⁵³ Cfr. J. CHÉLINI, *Benedicto XVI, bereadero del concilio*, pp. 102-103. Texto titulado «De revelatione Dei et hominis in Jesu Christo facta», firmado también por Rahner, en P. PFISTER (Hrsg.), *Joseph Ratzinger und das Erzbistum München und Freising*, pp. 173-181. Un segundo texto titulado *De revelatione et hominibus* –según afirmó el mismo Ratzinger– «tenía mucho más de Rahner que de mío» (*Mi vida*, p. 104).

⁵⁴ Cfr. R.M. WILTGEN, *El Rim desemboca en el Tíber*, p. 56.

⁵⁵ Y-M. CONGAR, *Mon journal du Concile*, Cerf, Paris, 2002, I, p. 202.

⁵⁶ Cfr. R. DE MATTEI, *Il concilio Vaticano II. Una storia mai scritta*, p. 405.

⁵⁷ Trippen afirma que al menos se trata de una «zumindest inspirierte Intervention» (N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, 335). Ratzinger recuerda aquellos acontecimientos del siguiente modo: «Por deseo del cardenal Frings, puse por escrito un pequeño esquema en el que intentaba explicar mi punto de vista. [...] Ahora bien, aquel pequeño ensayo, escrito a toda prisa, no podía competir ni siquiera remotamente con la solidez y precisión del esquema oficial [...]. Estaba claro que el texto debía ser ulteriormente elaborado y profundizado. Semejante trabajo requería también la intervención de otras personas. Por consiguiente se decidió que presentase, junto con Karl Rahner, una segunda redacción, [revisada] más en profundidad» (*Mi vida*, pp. 104-105; cfr. «Einleitung» a *II. Vatican Konzil, Dogmatische Konstitution über die Kirche: Authentischer lateinischer Text; deutsche Übersetzung im Auftrage der deutschen Bischöfe*, Münster, 1966, p. 500).

⁵⁸ Sobre este tema puede verse también *Kommentar zum Prooemium, I, II. Und VI. Kapitel der Dogmatischen Konstitution über die göttliche Offenbarung des Zweiten Vatikanischen Konzils*, en *Lexikon für Theologie und Kirche. Das zweite vatikanische Konzil 2*, Freiburg, 1967, pp. 504-528, pp. 571-581. En estas notas a pie de página, Ratzinger insiste en la unidad entre Iglesia y Escritura, entre la DV y la LG (cfr. *ibid.*, p. 504), en el sentido positivo del término tradición, en la reformada continuidad de la doctrina allí contenida con la aparecida en Trento y Vaticano I (cfr. *ibid.*, p. 505) y en la alternancia entre los intereses doctrinal y kerigmático –entre las dimensiones dogmática y pastoral– de este documento conciliar (cfr. *ibid.*, pp. 505-506). En resumen, afirma refiriéndose a la introducción de la Constitución dogmática sobre la revelación, «la estructura de este pequeño texto arroja una sorprendente y clara luz sobre el concilio, en el cual se encuentra concentrado la grandeza y los límites en unas pocas frases» (*ibid.*, p. 506). Véase también H. VERWEYEN, *Ein unbekannter Ratzinger*, pp. 73-108. El conocimiento de Ratzinger de la Constitución dogmática sobre la revelación estará fuera de dudas, quien trabajó también en la primavera de 1964 con Grillmeier y Semmelroth en su capítulo sexto sobre la Escritura en la vida de la Iglesia.

La división de opiniones entre los padres conciliares propició que Juan XXIII retirara al final el esquema, a pesar de que no se habían obtenido los dos tercios de votos con el *non placet* requeridos para sacarlo fuera del debate. No se denominará en adelante como el esquema *De fontibus*, «sobre las fuentes» de la revelación, sino simplemente *De revelatione*, «sobre la divina revelación», lo cual daba la razón a la propuesta de Rahner⁵⁹. Juan XXIII nombró como presidentes de la comisión a los principales representantes de ambas tendencias. A partir de ese momento, en la comisión redactora del documento no estará solo Ottaviani –prefecto del Santo Oficio–, sino también el alemán Bea, presidente del Secretariado para la unidad de los cristianos y principal opositor del citado cardenal romano⁶⁰. También Frings y Liénart fueron llamados a formar parte de la nueva comisión redactora⁶¹. El *Frankfurter Allgemeine Zeitung* hablaba de los «dolores de parto» del nuevo documento, mientras el *Süddeutsche Zeitung* se refería a un progreso decisivo para la Iglesia. En diciembre de 1962, Juan XXIII creó la Comisión para la creación de los trabajos, que ha revisado todos los esquemas. Formó parte de ella también Julius Döpfner (1913-1976), arzobispo de Múnich y Frisinga, quien mantuvo algunos contactos con el perito Ratzinger.

II. SEGUNDO PERIODO CONCILIAR (1963)

El 3 junio de 1963 fallecía Juan XXIII. Pocos días después tenía lugar la elección de Giovanni Battista Montini (1897-1978), quien toma para sí el nombre de Pablo VI. Según su biógrafo, su vida «estuvo regida por un particular centro de gravedad: la

Años más tarde, en 1967, Ratzinger viajará con sus alumnos de Ratisbona a Basilea para poder estar con Karl Barth. De ese encuentro recuerda Kuhn, uno de los alumnos: «Barth era anciano y moriría algunos meses después. Fue al encuentro de Ratzinger y casi se arrodilló ante él, saludándolo como se saluda a un príncipe de la Iglesia. Y Ratzinger entonces solo tenía cuarenta años. Después nos invitó a participar en el seminario que daba en la universidad, y que versaba sobre la constitución *Dei Verbum* del concilio Vaticano II sobre la sagrada Escritura. Estudiaba el documento con sus estudiantes, con una seriedad y un compromiso mucho mayor del que se aprecia en los centros católicos. Nosotros queríamos preguntarle tantas cosas, pero el anciano profesor tenía un gran interés sobre el concilio Vaticano II y estuvo todo el tiempo preguntando a Ratzinger, para saber qué había sucedido entonces» (G. VALENTE, *Ratzinger professore. Gli anni dello studio e dell'insegnamento nel ricordo dei colleghi e degli allievi (1946-1977)*, San Paolo, Cinisello Balsamo, 2008, pp. 159-160. Véase también H. VERWEYEN, *Ein unbekannter Ratzinger*, pp. 35-38).

⁵⁹ Cfr. G. WASSILOWSKY, *Universales Heilssakrament Kirche*, p. 188.

⁶⁰ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 57.

⁶¹ Cfr. R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, p. 67. Ratzinger colaborará también para esta comisión. Por ejemplo, el texto enviado por el cardenal de Colonia el 15.2.63 a la comisión mixta fue redactado *wahrscheinlich* por Ratzinger (cfr. N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, p. 353). El 25.5 Ratzinger recibe –junto al *De beata Maria mater Ecclesiae*– el *De divina revelatione*, para un nuevo y ulterior análisis.

atracción por la genuina vida pastoral»; era también un poeta, un intelectual y un decidido agustiniano⁶². Decide inmediatamente continuar el concilio convocado por su predecesor y dedicarle sus mejores energías. Si el papa Juan había empezado el concilio, Montini fue –antes y después de su elección como papa– su «arquitecto»⁶³. Ese verano el profesor Ratzinger había recibido la oferta de la cátedra de teología dogmática en la *Westfälischer Wilhelms-Universität* de Múnster, una ciudad de tradición católica en el noroeste de Alemania en la famosa Westfalia. A partir de ese momento, la vida del profesor y perito se divide entre las aulas universitarias y la conciliar.

a) *Una nueva eclesiología*

La discusión conciliar abordó también otros temas. La reacción sobre el esquema sobre la revelación no se hará esperar: poco después, el esquema inicial sobre la Iglesia fue rechazado, por varias razones. «Aquella mañana [del 1 de diciembre] se acercaron al micrófono catorce padres conciliares. Seis de ellos pidieron revisiones tan amplias que equivalían al rechazo total del texto en su forma actual. Se criticaba el esquema por ser demasiado teórico y legalista, por identificar el Cuerpo místico pura y simplemente con la Iglesia católica, por referirse solo de un modo condescendiente a los laicos, por insistir en exceso en los derechos y la autoridad de la jerarquía, y por carecer de un enfoque caritativo, misionero y ecuménico»⁶⁴.

Detrás de estas reivindicaciones se encontraba una eclesiología distinta, sigue contando Ratzinger en su crónica conciliar. Las voces se levantaron entonces a favor de la colegialidad de los obispos: afirmaban que estos no eran meros funcionarios del papa –no lo habían sido nunca de hecho–, sino que tenían una misión propia y específica, derivada de la misma voluntad de Cristo transmitida a los doce apóstoles. Así, no se le escapó a Ratzinger el detalle de que el papa Juan XXIII se presentará en el discurso del 8 de diciembre de 1962, en la sesión de clausura de esta primera etapa, como «obispo de la Iglesia católica», «que se reúne con sus hermanos, los obispos

⁶² G. VALENTE, *Ratzinger professore*, p. 189.

⁶³ Cfr. *ibid.*, p. 222.

⁶⁴ Cfr. R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, p. 67. El 13.9 Frings envía un voto sobre el *De Ecclesia*, posiblemente redactado por Ratzinger, en el que se remite a la eclesiología de los Padres (cfr. N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, p. 369). En una carta de Rahner a Otto Semmelroth del 12.4.1962, el teólogo de Innsbruck menciona la estrecha colaboración entre él y Ratzinger en torno a este esquema (citada en G. WASSILOWSKY, *Universales Heils sakrament Kirche*, pp. 167-168). En una intervención en el aula conciliar el 4.12, Frings clamaba por la catolicidad (AS I/4, p. 218s.) y, tras realizar algunas precisiones terminológicas, concluía *Schema in genere placet* (*ibid.*, p. 343). Antes hacía algunas precisiones sobre la colegialidad de los obispos (cfr. pp. 219-220), que continuará en su intervención de 30.9, 14.10, 13.11.63: AS II/1, pp. 343-346; II/2, pp. 493-495; II/5, p. 67; cfr. T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, pp. 183-191.

de la Iglesia de Dios»⁶⁵. Este ánimo generalizado llevará a una serie de actuaciones dentro del aula conciliar.

Tras el rechazo del esquema *De Ecclesia* en los primeros días de diciembre de 1962 del primer periodo de sesiones, la comisión teológica del concilio creó un grupo de trabajo para la redacción del esquema *De Ecclesia*, que debía trabajar a partir del nuevo texto preparado por el teólogo belga Gerard Philips (1889-1972) y que empezaba con las palabras *Lumen gentium*: Cristo, la luz de las gentes. Los trabajos de redacción durarán hasta el mes de junio⁶⁶. Ratzinger se mostraba moderadamente optimista al juzgar los resultados obtenidos en la primera sesión. Así, había valorado positivamente esta ausencia de documentos aprobados, pues denotaba «una fuerte reacción contraria al espíritu que animó el trabajo preparatorio»⁶⁷. Con esta reacción, se confirmaba la autoridad de los obispos por encima de la curia romana, pues esta no había sido instituida por Cristo⁶⁸. El concilio estaba tomando unos aires interesantes, había afirmado Ratzinger al final del primer periodo. Habrá que esperar –concluía– a los frutos de la paciencia, del trabajo diario y de la ayuda del Espíritu santo⁶⁹.

b) *La colegialidad de los obispos*

En 1960 cuatro profesores del Instituto teológico ortodoxo *Sant Serge* de París había publicado un libro dedicado al primado de Pedro, en el que proponían una eclesiología «colegial», fundada en el primado del amor y en cierto modo contrapuesta a la católica⁷⁰. Este conocido texto iba a constituir todo un precedente. Tres años después, el 29 de septiembre de 1963 comenzaba el segundo periodo de sesiones conciliares. Ratzinger se sintió impresionado por el cristocentrismo de las pala-

⁶⁵ *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, p. 12; cfr. también p. 17. Aquel gesto contenía una idea algo diferente en las relaciones entre el papa y los obispos. Además, en ese discurso el papa trazaba una perspectiva más bien optimista sobre el desarrollo de los primeros días del concilio: en aquellos meses del primer periodo de sesiones –venía a decir– se había comenzado la gran obra del concilio, siguiendo los designios divinos (cfr. A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, p. 244). Aunque a algunos les pudiera parecer que tan solo se podía vislumbrar polémica y lucha entre distintas facciones, realmente poco más se podía decir, a la vista del rechazo generalizado de los esquemas presentados, salvo el de la liturgia. Juan XXIII había acogido las sugerencias y animó a los padres conciliares a seguir estudiando los esquemas conciliares.

⁶⁶ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, pp. 65-66. Rahner también presentará un esquema alternativo en esta parte eclesiológica, aceptado por la mayoría de los obispos alemanes: cfr. G. WASSILOWSKY, *Universales Heilssakrament Kirche*, pp. 277-355.

⁶⁷ *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, p. 58.

⁶⁸ Cfr. *ibid.*, p. 54.

⁶⁹ Cfr. *ibid.*, pp. 59-61.

⁷⁰ N. AFANASIEFF - N. KOULOMZINE - J. MEYENDORFF - A. SCHMEMANN, *La primauté de Pierre*, Delacroix et Nieslée, Neuchâtel, 1960.

bras del nuevo papa Pablo VI en la ceremonia de inauguración de las sesiones. «Con qué claridad sonaron aquí las palabras de la liturgia *Tu, Christe, sole novimus*: ¡solo a ti, oh Cristo, te conocemos!». A esto añadía el papa Montini los fines del concilio: alcanzar la propia conciencia de la Iglesia, su reforma, el lograr la unidad de todos los cristianos y el diálogo de la Iglesia con los hombres contemporáneos⁷¹.

Los debates –si bien más serenos que en otros momentos conciliares– se dieron también de modo intenso en este periodo: además de la libertad religiosa y las relaciones de la Iglesia con el mundo, tuvieron también lugar intercambios de posturas en lo que se refiere al ecumenismo y a la «declaración sobre los judíos» que dará lugar al decreto *Ad gentes*⁷². Quedaban todavía pendientes «un bosque de textos»: la *Dei Verbum*, la constitución sobre la relación entre la Iglesia y el mundo, los documentos sobre obispos, laicos, sacerdotes y religiosos, y sobre todo la *Lumen gentium*. Como hemos mencionado ya, el primer esquema sobre la Iglesia, obra también de Ottaviani y su colaborador, el alemán Tromp, contenía algunos avances –como una valoración del papel de los obispos y de los laicos–, a pesar de que todavía presentaba un concepto distinto de la Iglesia: quería completar el Vaticano I, pero –por ejemplo– empezaba por la jerarquía y no con el pueblo de Dios, como lo hará después la *Lumen gentium*.

Además, la figura del obispo parecía aislada en su propia diócesis, mientras la colegialidad aparecía tan solo al final del texto. «El esquema era demasiado clerical –valora Schatz–, excesivamente orientado hacia una estructura jurídica y no en un concepto sacramental de la Iglesia. Solo se utilizaban textos escritos a partir del siglo XII, era muy escaso el recurso a la Escritura y a los padres de la Iglesia; no se había superado de este modo la restricción jurídica que entiende la Iglesia sobre todo como institución»⁷³. Hacía falta fundamentarlo en un concepto más teológico de Iglesia y remitirlo a la enseñanza de la Escritura y los Padres. La discusión se extendió a todo el mes de octubre de 1962, sin que se llegara a un acuerdo. Tanto Rahner como Ratzinger fueron nombrados para formar parte de la comisión *De collegialitate*, mientras

⁷¹ *Das Konzil auf dem Weg. Rückblick auf die Zweite Sitzungsperiode*, Bachem, Köln 1964, 19. Frings intervino sobre el ecumenismo el 30.9 y el 28.11.63, y sobre los judíos el 28.9.64 (AS II/1, p. 344; II/6, p. 194; III/2, p. 583). En esos meses, Ratzinger se mostrará muy activo: el 9.10.63 tendrá una intervención en el *Pressezentrum* alemán, el 14.11 en el centro de documentación holandés *do-c* y el 20.11 en el también holandés centro Unitas, el 23.9.64 volverá a hablar ante los periodistas alemanes sobre el esquema *De Ecclesia* y ante los periodistas católicos el 28.10 sobre el Esquema XIII (cfr. T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, pp. 234-235). Sus ideas sobre la colegialidad las expondrá en *Zurück zur Ordnung der Alten Kirche*, en J. C. HAMPE (Hg.), *Ende der Gegenreformation? Das Konzil. Dokumente und Deutung*, Kreuz-Günwald, Stuttgart-Mainz, 1964, p. 183s, después como *Gedanken zur Frage: Primat und Episkopat*, en O. MÜLLER – W. BECKER – J. GÜLDEN, *Vaticanum secundum*, St Benno, Leipzig, 1965, p. 142s., cfr. T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, pp. 236-248. El texto sobre el Esquema XIII pronunciado el 4.10.1964 aparecerá en *Brief aus Rom*, en *Orientierung*, 28 (1964), pp. 236-238.

⁷² Cfr. K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, p. 295, pp. 305-306.

⁷³ *Ibid.*, pp. 280-281.

otros teólogos introducían una síntesis de la doctrina del Vaticano I sobre la potestad del papa, aunque –según De Mattei– los alemanes se opusieron⁷⁴.

Roma y el mundo entero (el primado definido por el Vaticano I, y la colegialidad que se promoverá en el Vaticano II) habían de encontrar un buen entendimiento entre sí, pedía nuestro teólogo. Entre el 4 y el 16 de octubre de 1963, intervinieron en el aula conciliar ciento treinta padres conciliares. Hablaron por extenso del «colegio episcopal» como continuación del colegio de los apóstoles, reunidos en torno a Pedro⁷⁵. «Esto llevó a la reafirmación, por parte de todos, del valor indiscutible del primado»⁷⁶. No se trataba por tanto de una monarquía ni tampoco de una democracia, sino de un colegio, de una «comunidad jerárquica» presidida en última instancia por el mismo Cristo. Los obispos han recibido el sacramento del orden en su plenitud y tienen la misión de enseñar el evangelio, administrar los sacramentos y pastorear al pueblo de Dios. El concilio reivindicaba la figura del obispo como pastor en su propia diócesis y con vistas a toda la Iglesia, al mismo tiempo que le enfrentaba con su propia responsabilidad⁷⁷.

⁷⁴ Cfr. R. DE MATTEI, *El concilio Vaticano II*, p. 342. En una carta de Rahner al obispo Hermann Volk del 23.11.63, escribía el teólogo jesuita: «Gestern habe ich mit Ratzinger, Maccarrone und Salaverri den gemeinsamen Text unserer Relation fertig gemacht» (citada en G. WASSILOWSKY, *Universales Heilssakrament Kirche*, p. 244, n. 195). En una reunión que tuvo lugar el 24.10 para revisar el *De constitutione ierarchica ecclesiae*, que después será el capítulo III de la LG (cfr. T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, p. 219, p. 225). Estaba todavía reciente la publicación –de nuevo junto con Karl Rahner– de un breve estudio titulado *Episcopado y primado* (1961). Según el joven perito, no se trataría de instancias contrarias, sino complementarias, tal como se había proclamado desde siempre en la Iglesia, aunque –tal vez– los acentos habían ido más bien en una u otra dirección. En fecha temprana estos dos autores fundamentaban la enseñanza de la colegialidad que después sería proclamada por el Vaticano II, junto con la importancia de considerar la Iglesia como «comunidad eucarística», cuyo centro estaría en la diócesis reunida en torno al obispo y a la eucaristía (cfr. K. RAHNER - Joseph Ratzinger, *Episcopado y primado*, Herder, Barcelona, 1965, pp. 9-13).

Con este propósito, Ratzinger pretendía no solo valorar el obispo –que no son «pequeños papas»–, sino también la figura del sacerdote y del laico en la Iglesia. Tras el concilio, Rahner y Ratzinger señalaban que ese escrito no contenía lógicamente la enorme riqueza del texto conciliar. En ese pequeño volumen Ratzinger ofrecía sin embargo, con un estilo inconfundiblemente histórico, un breve ensayo ya publicado en 1959, en el que se proponía una «tercera vía» entre dos extremos. «Cuando se dice “católico” –escribía allí–, se alude a un cristianismo de la Escritura aislada, en lugar de la profesión de la *auktoritas* de la Palabra viva, es decir, del ministerio de la sucesión apostólica. Cuando se dice “romano”, se da al ministerio su norte y su centro estables: la potestad de las llaves del sucesor de Pedro en la ciudad que fue regada con la sangre de los dos apóstoles. Finalmente, cuando se unen ambos términos en la fórmula “católico romano”, se expresa la completa dialéctica que media entre primado y episcopado, en la que uno no puede estar sin el otro. Una Iglesia –concluye Ratzinger– que quiere ser solo “católica” sin tener parte con Roma, pierde precisamente por ello su misma catolicidad» (*ibid.*, pp. 66-67). Puede verse también *Einleitung*, pp. 311-312.

⁷⁵ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 82.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 84.

⁷⁷ Cfr. *ibid.*, pp. 84-85. El texto firmado también por Rahner y Martelet aparece como «De primatu et collegio episcoporum in regimine totius Ecclesiae», en P. PFISTER (Hrsg), *Joseph Ratzinger und das Erzbistum München und Freising*, pp. 181-183.

c) *La Iglesia como comunión*

El 30 de septiembre Frings interviene en el aula conciliar y expresa su sintonía con el esquema presentado por Philips, en cuya concepción eclesiológica se encuentran los temas de la naturaleza sacramental de la Iglesia, la idea de esta como pueblo de Dios y a la vez cuerpo de Cristo, así como la Iglesia peregrina y celestial al mismo tiempo. Se combinaban de este modo la condición terrena y escatológica, vertical y horizontal de la Iglesia⁷⁸. El 4 de octubre el cardenal alemán vuelve a intervenir en el debate conciliar para recordar que la colegialidad episcopal forma parte de la doctrina católica, pues la Iglesia de los primeros siglos «estaba constituida por varias Iglesias locales, que tenían entre sí comunicación y contactos»⁷⁹.

El nuevo recogía la dimensión histórica y sacramental de la Iglesia: como pueblo de Dios en marcha y como sacramento universal para la salvación del mundo. Además, el pueblo de Dios aparecía en el texto incluso antes de la jerarquía⁸⁰. Ratzinger apreció este esquema redactado por los belgas, que reflejaba un punto intermedio entre las tendencias de italianos, españoles y latinoamericanos por un lado, y francófonos y alemanes por otro⁸¹. A su vez, el nuevo esquema recogía algunas observaciones generales sobre la naturaleza de la Iglesia, que le parecían de gran importancia. En primer lugar –según Ratzinger–, trata del misterio de la Iglesia como cuerpo de Cristo y como pueblo de Dios al mismo tiempo, y «habla elocuentemente sobre la condición cristológica y pneumatológica de la Iglesia, y sobre su estructura sacramental y carismática»⁸².

⁷⁸ Cfr. G. CAPRILE (ed.), *Il concilio Vaticano II*, III, p. 29.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 212; cfr. *Buchstabe und Geist des Zweiten Vatikanum in den Konzilsreden von Kardinal Frings*, pp. 257-258. Frings había intervenido el 30.9.63 sobre el concepto de pueblo de Dios y la concepción de la Iglesia como sacramento (AS III/2, p. 583).

⁸⁰ Cfr. K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, p. 285.

⁸¹ Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, p. 25.

⁸² *Ibid.*, p. 27.

Se trataba por tanto de una eclesiología equilibrada, que intentaba integrar las diferentes vertientes del misterio: la visible y la invisible, la humana y la divina, la material y la espiritual. Por eso, la Iglesia es también *sacramentum*, un signo sagrado, como la había definido san Agustín: un sacramento universal para la salvación y comunión entre todos los hombres y mujeres (*ibid.*, p. 42). Así, el esquema tomaba también en serio la historicidad de la Iglesia, y la Iglesia de los pobres, fundada por «el siervo de Dios», que quiso vivir sobre esta tierra como el hijo de un carpintero, y que ha llamado a los pecadores» (*ibid.*, p. 30). «Cuando la Iglesia es sacramento, es signo de Dios entre los hombres, por lo que no es nunca para sí misma, sino que su tarea está más allá de ella misma. Es como una ventana, que lleva a cabo su función cuando deja ver lo que hay detrás». Una ventana visible que nos remite a una realidad invisible (*ibid.*, p. 31; puede verse también T. WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, 2, pp. 210-234).

Entre los temas particulares que recuerda Ratzinger entre las distintas propuestas conciliares, se encontraba la propuesta de Rahner sobre el diaconado permanente en la precedente conferencia de Fulda, que suponía la recuperación de una práctica entre los primeros cristianos perdida en la Iglesia. Ratzinger se mostraba plenamente de acuerdo al respecto (cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, pp. 37-40). Sobre los laicos, el joven profesor señaló que, más que una definición negativa (lo que el laico no es),

Lógicamente el teólogo de Múnster ve mayor novedad conciliar en el decreto sobre el ecumenismo que en la misma constitución dogmática sobre la Iglesia⁸³. Recuerda Ratzinger con incondicional adhesión que otros cristianos no católicos pertenecen a la misma Iglesia de Cristo, pues esta postura favorece también los deseos de acercamiento por parte de ellos hacia la única Iglesia: la inclusión es mejor que la exclusión, piensa⁸⁴. Sin embargo, rechaza la idea de la unidad como una simple federación de iglesias separadas, a la vez que recuerda que, en la Iglesia católica, existe ya la pluralidad y que, por tanto, su unidad es dinámica, nunca monolítica⁸⁵. En este sentido, «los católicos deben saber que su misma Iglesia no ha alcanzado todavía en absoluto la unidad en la diversidad, y que su tarea es dirigirse hacia esta posibilidad y verdad. [...] En cuanto a la idea de conversión [...] se logrará fundamentalmente la unidad de las iglesias, que pueden llegar a ser *una* Iglesia permaneciendo como *Iglesias*»⁸⁶.

Pero la intervención más famosa tendrá lugar un mes después. «El 8 de noviembre el prestigioso cardenal de Colonia, el alemán Frings, uno de los miembros de la asamblea más escuchados, intervino en el debate preguntándose si era posible no tener ya en cuenta la votación orientativa del 30 de octubre sobre la colegialidad de los obispos, a pesar de que era la expresión de la voluntad casi unánime de los padres»⁸⁷.

había que desarrollar una positiva a partir de la misma teología y espiritualidad del laicado (cfr. *ibid.*, p. 42). Sin embargo, en este segundo periodo de sesiones Ratzinger se extenderá sobre todo en comentar el ecumenismo, aspecto que se consolida paulatinamente como una de las grandes coordenadas conciliares. Juan XXIII había dado pasos importantes en esa dirección; el Consejo ecuménico de las Iglesias estaba dando sus frutos, y el concilio había cursado invitación con éxito a ortodoxos, anglicanos y protestantes, quienes ahora frecuentaban el aula conciliar (cfr. *ibid.*, p. 52).

⁸³ Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, pp. 58-60.

⁸⁴ Cfr. *ibid.*, p. 55.

⁸⁵ Cfr. *ibid.*, pp. 62-64.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 66.

⁸⁷ G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 91.

No se trataba pues de una visión política, sino de una perspectiva más teológica. La verdadera colegialidad consiste –añade el mismo Ratzinger– en que los obispos no solo vivan una «colegialidad vertical» con Pedro, sino también la «horizontal» con los demás obispos e Iglesias locales (cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, pp. 32-33). En este doble movimiento –vertical y horizontal– se encuentra la verdadera catolicidad. En fin, terminaba Ratzinger proponiendo que la promoción de la colegialidad no solo supone un síntoma de renovación, sino tender «un puente con las Iglesias orientales» (cfr. *ibid.*, pp. 35-36), es decir, hacia la Iglesia ortodoxa. La sintonía entre el viejo cardenal y el joven teólogo fraguó en otro texto concreto.

«La catolicidad no es solo mirar al centro, hacia Roma, sino también hacia la periferia (*Nachbarn*)» (*ibid.*, p. 36), había escrito el joven perito en su crónica del concilio. En opinión de Nichols, «Ratzinger pensaba en un futuro ecuménico, en el que las Iglesias separadas pudieran reunirse en la comunión católica –sin por esto quedar absorbidas– como formas de la única comunidad visible de Cristo sobre la tierra» (A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, San Paolo, Cinisello Balsamo, 1996, p. 106; cfr. también T. WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, pp. 183-191). Estas serán unas ideas previas al concilio, que dieron lugar a un prolongado debate, cuyo fin será la supresión del esquema anterior sobre la Iglesia. Surgieron entonces distintas alternativas. Así, la redacción de la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* va a ocupar la atención de obispos y teólogos en aquel segundo periodo de sesiones.

Era un nuevo estado de ánimo que reflejaba una idea nueva sobre la Iglesia. Ese mismo día el purpurado alemán criticó en el aula conciliar los métodos utilizados por la Congregación dirigida por el cardenal Ottaviani, «porque no son adecuados a los tiempos modernos y escandalizan al mundo». «Era preciso exigir –prosiguió Frings– que nadie fuera condenado antes de ser escuchado y sin haber tenido la oportunidad de corregirse»⁸⁸. Un cerrado aplauso clausuró su intervención. Ottaviani protestó por estas palabras y afirmó que se ignoraba «el modo de proceder del Santo Oficio»⁸⁹.

d) *La cuestión mariana*

Dentro del aula conciliar tendrá lugar otro debate acerca de los títulos otorgados a María en los documentos conciliares. Unos proponían los de «madre de la Iglesia», «mediadora», «medianera de todas las gracias» e incluso el de «corredentora». A otros les parecía excesivo e incluso un gesto contraproducente. En el ámbito de la conferencia episcopal alemana reunida en Fulda, Rahner y Ratzinger habían manifestado al respecto que un excesivo énfasis en el papel de María en la redención podría perjudicar las relaciones ecuménicas con el resto de los cristianos, en especial con los reformados; además, no se veía claro el título de «mediadora» aplicado a la Virgen, desde el punto de vista de la multiseccular tradición conciliar. Proponían en fin incorporar el esquema sobre María como último capítulo del *De Ecclesia*, para integrar la mariología en la doctrina sobre la Iglesia. Fue esta de hecho la postura defendida por Frings ante la asamblea conciliar⁹⁰.

Nos encontramos pues ante dos mariologías aparentemente excluyentes: la «cristotípica» destacaba la unidad entre Cristo y María, y por eso reclamaba en para ella los títulos de «corredentora» y «medianera de todas las gracias»; la «eclesiotípica», propia del movimiento litúrgico, ponía el énfasis en la relación entre María y la Iglesia. Sobre la postura del cardenal Frings de Colonia, escribió con una evidente

⁸⁸ G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 91.

⁸⁹ AS II/4, p. 624. el 18.11 Frings entrega una promemoria sobre el Santo Oficio, «der auch ich and Ratzinger teilnehmen» (H. JEDIN, *Lebensbericht*, Kommission für Zeitgeschichte, Mainz, 1984, p. 212). A Ratzinger le pareció, sin embargo, que estas diferencias entre Ottaviani y algunos obispos europeos eran más de orden institucional que teológico, tal como había sugerido el mismo Daniélou: no se trataba de una rebelión intelectual, sino de una manera distinta de entender el modo de proceder de la curia romana (cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, p. 45). No era el único con este parecer. Frings añadió que la representación en el aula conciliar pertenecía más a los obispos que a las distintas comisiones como tales. Quería así subrayar la autoridad de estos junto con el sucesor de Pedro, frente a la de las instituciones de la curia en la ciudad eterna. Mientras tanto, en otoño de ese año de 1963, un editor holandés estableció contactos con Rahner, Schillebeeckx y Küng, «para poner en marcha el proyecto de una revista teológica internacional, que llevaría el nombre de *Concilium*» (cfr. G. ALBERIGO, *Storia del concilio vaticano II*, 3, Il Mulino, Bolonia, 1996, p. 326). Ratzinger formará parte del primer consejo de redacción.

⁹⁰ Cfr. R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tiber*, pp. 106-107.

sintonía el arzobispo Ratzinger en 1979: «En el concilio, cuando el movimiento litúrgico, cristológico y ecuménico se enfrentaban al mariano, y ambos bandos amenazaban con convertirse en alternativas irreconciliables, [el cardenal Frings] dirigió un llamamiento de súplica a los padres conciliares para encontrar un punto en común. Se resistía enérgicamente a una oposición precipitada y corta de miras, según la cual la Iglesia debía decidir entonces entre ser moderna, bíblica, litúrgica y ecuménica, o seguir siendo “anticuada” y mariana. Su deseo personal era compatibilizar ambas instancias, dar a la liturgia la hondura cordial de la piedad mariana, y abrir para lo mariano la gran corriente de la tradición litúrgica»⁹¹.

El 30 de septiembre de 1963 el cardenal Frings había pedido al aula conciliar que se fundiera el esquema sobre María en el *De Ecclesia*, a quien apoyaron los obispos de Inglaterra y Gales⁹². Tras un prolongado debate, al final la votación fue favorable a esta propuesta. Ratzinger consideraba que de este modo «la mariología se convierte en eclesiología, lo cual significa que en la idea de Iglesia está también la *Ecclesia celestis*, la Iglesia de los bienaventurados, de los salvados, y de que por medio de esta se podría verse reforzada la idea espiritual y escatológica de la Iglesia»⁹³. La Iglesia no es solo visible y peregrina: hay una parte importante que ha alcanzado ya la meta definitiva, y sigue formando parte de un modo muy activo en la Iglesia. Ratzinger saldrá al paso de posibles confusiones en la interpretaciones de estos sucesos, y escribirá después en 1964: «Entendámonos: el objetivo de este concilio no era destruir –lenta y con seguridad– la devoción mariana y asimilarse de este modo al protestantismo, sino que había de evitar –tras los requerimientos de nuestros hermanos separados– una teología especulativa que se olvida de la Escritura»⁹⁴.

⁹¹ J. RATZINGER – H.U. VON BALTHASAR, *María, primera Iglesia*, Encuentro, Madrid, 2005, p. 12; cfr. J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, 160-161. El 18.9.64 intervino Frings sobre este tema en el aula conciliar: AS III/2, 10.

⁹² Cfr. J. GROOTAERS (ed.), *Actes et Acteurs à Vatican II*, Leuven University Press, 1998, II/1, 343-346.

⁹³ *Das Konzil auf dem Weg*, p. 23, p. 47. En una comunicación a un congreso celebrado en el Vaticano en 1966 (*De relatione inter conceptum historiae salutis et quaestionem eschatologicam* [28.9.1966], en A. SCHONMETZER [ed.], *Acta congressus internationalis de Theologia Concilii Vaticani II: Romae, diebus 26 septembris - 1 octobris 1966 celebrati*, Typis Polyglottis Vaticanis, Romae, 1968, pp. 484-490), Ratzinger explicaba la dimensión escatológica de la historia de la salvación, intentando también ponerla en relación con la visión más metafísica propuesta por el concilio de Calcedonia o Tomás de Aquino (cfr. *ibid.*, pp. 484-486). Sin embargo, la fe en la encarnación expuesta en Calcedonia –sigue diciendo– es a la vez histórica y ontológica (cfr. *ibid.*, p. 488). De igual manera, la resurrección es un hecho histórico con importantes consecuencias ontológicas. «*Jesus Dominus est*. Aquello que trasciende la historia de la salvación y la fenomenología de la existencia humana conduce hacia el Ser divino (*Est divinum*), el cual es ya hoy de alguna manera nuestra esperanza y nuestra promesa [escondida] bajo el velo de la fe» (*ibid.*, p. 489).

⁹⁴ *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, Bachem, Colonia, 1965, pp. 30-31.

Más que un progresismo ingenuo y acrítico, los principios que movían a Ratzinger coincidían más bien con el *ressourcement*, con la vuelta a las fuentes que había propuesto la teología de la época. A la vez reconocía que se ha dado –respecto a esta cuestión– una evolución en el punto de vista. Declaraba

Ratzinger hablaba así de María como modelo de la Iglesia: ella, en su humildad, da vida y esperanza a toda la humanidad, tal y como debe hacer la Iglesia. Por eso ella será la «primera Iglesia», aquella que encarna del mejor modo lo que supone ser Iglesia y colaborar con la misión de Cristo⁹⁵. Así, los frutos de este segundo periodo de sesiones llegarían poco a poco: por ejemplo, se aprobó la ya ampliamente aceptada constitución dogmática sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum concilium* y un decreto sobre los medios de comunicación⁹⁶. Ratzinger hacía una valoración conclusiva de todo este periodo: «El final de esta segunda fase del concilio, a pesar de sus muchos aspectos positivos, no presenta el mismo optimismo que había en el primero. [...] El impulso [de la renovación] viene del servicio prestado día tras día. No viene, además, sin la fe, la esperanza y la caridad diarias de cada uno de nosotros»⁹⁷.

III. TERCER PERIODO CONCILIAR (1964)

A finales de 1963, había quedado claro que este concilio no iba a ser breve, y que se trataba también de un momento de renovación⁹⁸. El concilio se alargaba y los gastos iban en aumento: miles de personas se alojaban en Roma, se habían publicado millones de páginas –esquemas, textos, traducciones– e incluso se había tenido que adquirir las sillas, hasta ahora alquiladas⁹⁹. Casi un año después, el 14 de septiembre de 1964, empezaba el tercer periodo de sesiones del concilio, donde nuestro teólogo acude ya como perito nombrado por Pablo VI. Como expresión de la colegialidad de los obispos, el papa concelebrará con venticinco prelados en la misa de inauguración. Ratzinger dirá del nuevo papa que su actitud era «muy

bastantes años después, al reconsiderar tal vez con más perspectiva su propia visión: «Cuando todavía era un joven teólogo, antes de las sesiones del concilio (y también durante las mismas), como ha sucedido y sucede hoy a otros muchos, abrigaba ciertas reservas sobre fórmulas antiguas, como por ejemplo aquella famosa *de Maria numquam satis*, “sobre María nunca se dirá bastante”. Me parecía bastante exagerada» (*Informe sobre la fe*, BAC, Madrid, 1986, p. 114). Hablaba después con claridad de sus causas. «Personalmente, al principio estaba muy determinado por el severo cristocentrismo del movimiento litúrgico, que el diálogo con mis amigos protestantes intensificó todavía más» (*Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002, p. 278; sobre la evolución mariológica de Ratzinger, puede verse mi artículo *María en los escritos de Joseph Ratzinger, Scripta de Maria*, 5 [2008], pp. 309-334).

⁹⁵ Cfr. *Das Konzil auf dem Weg*, p. 48.

⁹⁶ Cfr. C. CREMONA, *Pablo VI*, p. 240.

⁹⁷ *Das Konzil auf dem Weg*, pp. 75-76.

⁹⁸ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 104. El tono que tomaba por momentos el concilio era también polémico. Por ejemplo, el 4.12 se difunde *ein Pamphlet* contra Ratzinger y otros teólogos y obispos (cfr. N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings (1887-1978)*, II, pp. 399-400).

⁹⁹ Cfr. A. VON TEUFFENBACH, *I papi del XX secolo*, pp. 124-125.

parecida a la de Juan XXIII, quien decía que quería ser tanto el papa de los que pisan el acelerador, como de los que quieren frenar»¹⁰⁰.

a) *Nuevos debates*

El 7 de julio se les había comunicado a los padres conciliares una reducción drástica de esquemas que serán discutidos en el aula conciliar (el llamado por la prensa alemana «plan Döpfner») con los siguientes temas: la revelación, la Iglesia, el ecumenismo, los obispos, los laicos y la relación de la Iglesia con el mundo moderno. Junto con una concelebración eucarística muy diferente a la misa que daba comienzo al concilio, se presentaron en el aula conciliar nuevos observadores, entre los que se encontraban treinta y nueve párrocos, quince mujeres y numerosos laicos. Al mismo tiempo, como alternativa a la influencia ejercida por los obispos centroeuropeos, se organizó una oposición que ocasionó como efecto positivo que los textos conciliares se revisaran con más cuidado y precisión. Así lo veía Ratzinger¹⁰¹.

En la escena mundial, la situación se estaba complicando: la guerra de Vietnam se agravaba, mientras China anunciaba que tenía la bomba atómica. En la URSS terminaba la era Krutchev, con un ralentizamiento del proceso de desestalinización. No solo el concilio se estaba complicando. El tercer periodo de sesiones del concilio se abrió con la numerosa presencia de 3074 obispos. Para aligerar el transcurso de las sesiones, se modificó el reglamento, con vistas a que el número de intervenciones se redujeran y se mantuviesen las verdaderamente significativas¹⁰². La dinámica conciliar se aceleró. Según Schatz, «el tercer periodo de sesiones fue el más tumultuoso y dramático»¹⁰³. Ratzinger comentaba de esta forma en octubre de 1964 de modo sucinto pero significativo: «La norma del concilio no puede ser la *diplomacia* y su oportunidad, sino solo la *teología* y, con ella, la cuestión de la *verdad*»¹⁰⁴.

Otro tema que se había incluido en la agenda del concilio era la relación con judíos y musulmanes. De hecho, en mayo de 1964 Pablo VI anunciaba el nuevo

¹⁰⁰ *Das Konzil auf dem Weg*, p. 9.

¹⁰¹ Cfr. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 23.

¹⁰² Cfr. *ibid.*, p. 108.

¹⁰³ K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, p. 292.

¹⁰⁴ *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 35. También se discutió sobre la libertad religiosa, cuyo documento estuvo sometido a numerosas revisiones. En este texto fue definitivo el apoyo de los obispos norteamericanos. Ahí se afirmaba que la libertad religiosa se basaba en la forma de ser de la persona y de la sociedad, y no en una concesión de la autoridad política. Era un derecho humano. Se buscaba en este sentido la libertad de las conciencias, y no tan solo una incierta y arbitraria libertad de conciencia, bajo la que podrían justificarse los atropellos más sorprendentes (cfr. M. FAZIO, *De Benedicto XV a Benedicto XVI. Los papas contemporáneos y el proceso de secularización*, Rialp, Madrid, 2009, pp. 116-117).

establecimiento del Secretariado para los no cristianos, y a mediados de octubre se aprobó la declaración *Sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*¹⁰⁵. El teólogo de Múnster se mostraba plenamente de acuerdo con los planteamientos doctrinales. Quedaba sin embargo todavía pendiente desde la primera sesión el esquema sobre la revelación, bloqueado por la polémica en torno a la existencia en ella de una o de dos fuentes. Ratzinger había sostenido la íntima unidad entre ambas, como veíamos. Un nuevo texto revisado había sido distribuido en mayo de 1963. Nuestro teólogo opinaba que dicho esquema era «un compromiso pacífico que impide muchas causas de división, pero que también evita decir otras muchas cosas sobre las que sería bienvenida una doctrina complementaria»¹⁰⁶.

El 14 de noviembre de 1964, el cardenal Frings hablaba con un texto preparado por Ratzinger: al no poder leer, se dirigía al aula conciliar con el texto aprendido de memoria. En primer lugar critica el mismo título del esquema (*Revelación: sagrada Escritura y tradición*) no le parece adecuado, pues entraría en polémica con la doctrina luterana de la *sola Scriptura*. La tesis sostenida era que la revelación fluye de una única fuente que estaría formada tanto por la Escritura como por la tradición¹⁰⁷. Como veíamos, «los argumentos usados por Frings –afirma Valente– incluyen las distinciones y las nuevas perspectivas ya formuladas por Ratzinger en su trabajo sobre san Buenaventura suspendido por Schmaus, y en los que el joven profesor bávaro había profundizado en Bonn, en el curso del semestre de invierno de 1959-1960 sobre “Naturaleza y realidad de la revelación”»¹⁰⁸.

Pablo VI intervino al respecto, sugiriendo que se introdujera alguna mejora en el texto sobre la revelación, entre las que se encontraba la célebre frase: «la Iglesia no obtiene solamente de la sagrada Escritura su certeza sobre las palabras reveladas». Es decir, la recta comprensión de la revelación contaba no solo con la Biblia, sino también con la tradición y con su lectura en la Iglesia. Se introdujeron pues las correcciones oportunas, y el texto definitivo fue aprobado al final el 18 de noviembre de 1965, ya en el siguiente periodo conciliar. Años después, Ratzinger hacía un

¹⁰⁵ Trippen sugiere la autoría de Ratzinger del discurso de Frings sobre la relación de los cristianos con el pueblo judío: «auch in diesen Falle Joseph Ratzinger der Inspirator gewesen sein» (cfr. N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings [1887-1978]*, II, p. 424).

¹⁰⁶ Citado por R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, p. 202. A pesar de que hubo numerosas enmiendas y propuestas, la comisión teológica no cambió nada del texto, por lo que la polémica estaba servida. Mientras tanto, el esquema sobre las misiones era rechazado en noviembre por parecer poco acorde con la nueva conciencia misionera, mientras la cuestión de la familia del Esquema XXIII –a petición del cardenal Döpfner– era remitido a la decisión del papa (cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, pp. 130-132). El 6 de agosto de 1964 Pablo VI publicaba la encíclica *Ecclesiam suam*, calificada por el americano Fulton Sheen como la «encíclica del diálogo», pues el término aparecía veintisiete veces en el texto: cfr. AS II/1, p. 773.

¹⁰⁷ Cfr. G. CAPRILE (ed.), *Il concilio Vaticano II. Cronache del concilio Vaticano II*, I, p. 52.

¹⁰⁸ G. VALENTE, *Ratzinger professore*, pp. 84-85; cfr. H. VERWEYEN, *Ein unbekannter Ratzinger*, pp. 27-34.

balance ampliamente positivo de esta Constitución dogmática. Apreciaba en primer lugar que la Escritura sea el «alma de la teología». La guía segura para leer la Biblia la constituían los padres de la Iglesia y las liturgias de oriente y occidente. La sagrada Escritura debe ser leída en la Iglesia, con el *sensus Ecclesiae*, y para esto la tradición constituye una garantía, un buen contexto hermenéutico, tal como había recordado la escuela de Tubinga¹⁰⁹.

b) *La Iglesia de los Padres*

El día 21 de ese mismo mes fueron aprobados la constitución dogmática *Lumen gentium*, el decreto sobre el ecumenismo y el de las iglesias orientales¹¹⁰. Quedaban sin embargo todavía algunos temas pendientes: por ejemplo, el sacerdocio y la dimensión misionera de la Iglesia, pues había que prestarles la atención y espacio adecuados en las discusiones y textos conciliares. Para el cardenal Frings el papel misionero de la Iglesia era de tal importancia que no podía despacharse con unas cuantas proposiciones, tal como lo atestiguaba la colaboración que había realizado en el mundo de las misiones (recuérdese su comprometida colaboración con *Misereor* y *Adveniat*). Propuso de este modo elaborar un esquema completo sobre la misión de la Iglesia para la cuarta sesión del concilio. Ratzinger colaborará en la redacción del decreto *Ad gentes* sobre la dimensión misionera de la Iglesia, tal como iremos viendo.

Mientras tanto, seguía vivo el tema eclesiológico: «La Iglesia no puede ser considerada según modelos políticos –insistía Ratzinger–, sino a partir de imágenes bíblicas destacan un punto de la realidad. [...] “Cuerpo de Cristo” es, por así decirlo, una contraseña (*Stichwort*), una fórmula telegráfica de la liturgia de la Iglesia, en cuyo centro está la liturgia, la unión en el cuerpo de Cristo»¹¹¹. El cuerpo eucarístico de Cristo se constituía de este modo en el centro de la Iglesia, a su vez cuerpo místico del mismo Cristo. Era este el que constituía al pueblo de Dios, como veíamos. Por eso proponía el joven perito una estructuración de la Iglesia en torno a la palabra y a la celebración del misterio de la eucaristía. Estos serán el centro de las iglesias locales y de toda la Iglesia¹¹².

¹⁰⁹ Cfr. *Einleitung zum Kommentar der Dogmatischen Konstitution über die göttliche Offenbarung des Zweiten Vatikanischen Konzils und Kommentar zu Kap. 1, 2 und 6 der Konstitution*, en *Lexikon für Theologie und Kirche. Supplementary Volume 2*, Freiburg a.M., 1967, pp. 498-528, pp. 571-581; ver también A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, p. 65, pp. 91-96.

¹¹⁰ En el debate sobre el ecumenismo que tuvo lugar entre 18.11 y 2.12.63, se había presentado un documento preparado por Teusch y Ratzinger (cfr. N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings [1887-1978]*, II, p. 393).

¹¹¹ *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 25.

¹¹² Al mismo tiempo, sigue de cerca el tema también de la colegialidad episcopal del capítulo III de *Lumen gentium*. Considera que el concilio había intentado dar un paso adelante cuando, completando el concepto de primado, había procurado formular también un concepto verdaderamente espiritual de

Además, el primado y el episcopado volvían a ser de nuevo los temas estudiados por el joven teólogo de Múnster, con vistas a que estas dos dimensiones de la jerarquía de la Iglesia contribuyeran de modo decidido a su unidad. En el fondo, la armonía entre primado y colegialidad era una consecuencia de la mencionada sacramentalidad de la Iglesia, vivida desde tiempos de los apóstoles y continuada en la época de los padres de la Iglesia¹¹³. Ratzinger comentaba los textos conciliares sobre este particular: «En el texto actual aparece este acercamiento, pero tan solo como una estructura general de la Iglesia antigua, que ahora viene a ser traída a la memoria: la Iglesia de la época patrística, vivía de la diversidad de las Iglesias episcopales, que en su recíproca unidad constituían una *única* Iglesia»¹¹⁴. En este modelo de la Iglesia de los Padres, se conjugaba de modo orgánico y dinámico la unidad y la diversidad.

Mientras tanto, el 18 de octubre comenzó la discusión en el aula conciliar sobre el ecumenismo, en el que se proponía una revisión de la situación respecto a la Iglesia católica de los anglicanos, los protestantes y, sobre todo, de los ortodoxos. También se sugerían otros temas. «El texto propuesto fue acogido bastante favorablemente en su parte propiamente ecuménica, mientras los dos últimos temas –los judíos y la libertad religiosa– suscitaron una fuerte oposición»¹¹⁵. Por su parte, el joven teólogo insistía en que la doctrina de la colegialidad podría suponer una auténtica e interesante propuesta ecuménica. «Con base en lo ya dicho, la colegialidad de los obispos, en cuanto medio para poner en acto la unidad en la multiplicidad y en cuanto expresión para la edificación de la única Iglesia de Cristo a partir de las muchas comunidades locales, describe la forma habitual de vida dispuesta para la Iglesia»¹¹⁶.

Algunos habían visto en el principio de la colegialidad episcopal una amenaza a la potestad suprema del romano pontífice; Ratzinger por el contrario expresaba una reacción positiva ante la votación del esquema. «Cuando el 30 de septiembre de este año, día en que el capítulo sobre la colegialidad de los obispos, casi contra toda es-

episcopado. Esto implicaría dos principios a los que no se podría renunciar, sigue diciendo: «a) El ministerio de unidad, el oficio papal, permanece en principio intacto e inalterado, aunque su función se presenta ahora más clara en su contexto. Este no debe ser un gobierno monárquico, sino la coordinación de la pluralidad que forma parte de la esencia de la Iglesia. b) Lo plural de las Iglesias episcopales forma parte esencialmente de la única Iglesia, que constituye su estructura interna» (*ibid.*, p. 26).

¹¹³ Cfr. G. VALENTE, *Ratzinger professore*, pp. 106-107.

¹¹⁴ *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 55. Unidad en la diversidad era un modelo antiguo pero también posible en el presente. Así, cuando en el número 23 del capítulo III de la LG se hablaba sobre las relaciones de los obispos entre sí, Ratzinger creía ver «un texto, a mi modo de entender, tanto por el significado ecuménico en su conjunto como por su desarrollo concreto en la vida eclesial, [que] podría aumentar en importancia entre las afirmaciones que hacen referencia al poder universal de la Iglesia» (*ibid.*, p. 59). Lo local y lo universal, los obispos y el sucesor de Pedro pueden dialogar y enriquecerse mutuamente, lejos de constituir instancias contrarias y dialécticas.

¹¹⁵ G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 96.

¹¹⁶ *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 80.

peranza, fue aprobado en la primera votación por una mayoría de dos tercios, el presente concilio ha alcanzado su punto culminante»¹¹⁷. Frente a las críticas formuladas por varios sectores contra la visión de la colegialidad que se ofrecía en el esquema, el joven teólogo argumentaba que «se complementan recíprocamente el pluralismo de las comunidades sacramentales y la unidad de los ministros eclesiásticos garantizada por el papa»¹¹⁸.

c) *Los principios petrino y mariano*

Después de debates y discusiones en uno y otro sentido, el esquema corregido sobre la Iglesia fue aprobado por una amplia mayoría a finales de septiembre de 1964. En octubre, un grupo de padres –la mayoría de origen «latino» o mediterráneo, entre los que se encontraba Marcel Lefebvre (1905-1991)– fundaron el *Coetus internationalis patrum*, quienes intentaban ofrecer un contrapeso a la corriente centroeuropea del concilio¹¹⁹. «La idea directriz –escribía uno de sus componentes– es seguir estrictamente las intenciones del Santo Padre, es decir, de concebir el Vaticano II como *continuantem*, no *adversantem*, el Vaticano I»¹²⁰. Para evitar posibles equívocos, apaciguar ánimos y a petición del mismo papa, la comisión doctrinal del concilio redactó la *Nota explicativa praevia*, en la que se articulaban con cautela los principios del primado y de la colegialidad y, por tanto, la doctrina del Vaticano I con la de la *Lumen gentium*¹²¹.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 13.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 83.

¹¹⁹ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 110.

¹²⁰ Carta de l'abbé Berto a mons. Carli (10.2.1964), N. BUONASORTE, *Per la «pura, piena, integra fede cattolica»*, en *Cristianesimo nella storia*, XXII (2001/2), pp. 129-130.

¹²¹ Cfr. G. ALBERIGO, *Storia del concilio vaticano II*, 4, Il Mulino, Bolonia, 1999, n. 236, p. 469.

En opinión de Ratzinger, se trataba de un texto complementario al propiamente conciliar, pues reflejaba el modo de ver de la mayoría de los padres conciliares. «El texto conciliar, elaborado por los obispos por mandato de la gran asamblea de los obispos del concilio, parte del punto de vista episcopal y, desde aquí, se dirige al centro: al ministerio comunitario de la Iglesia; el texto pontificio [la *Nota praevia*] va en dirección contraria: desde el primado hacia los obispos» (*Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, Bachem, Köln, 1966, p. 14). Ambas direcciones tienen la misma orientación, si bien complementaria y con un recorrido distinto. Sin embargo, añade a esto que «sus enunciados no han creado una situación sustancialmente nueva respecto a los textos conciliares», a pesar de que pueda criticarse el contexto y las circunstancias en que apareció la *Nota* (*Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 62; G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 120).

Según González Novalín, Pablo VI aprobó el famoso texto en aras a la comunión y de satisfacer también otras sensibilidades conciliares (cfr. J.L. GONZÁLEZ NOVALÍN, *Juan Bautista Montini, una vida para el papado*, en J.I. SARANYANA [ed.], *Cien años de pontificado romano [1891-2005]*, Eunsa, Pamplona 20062, p. 197). Alberigo afirma que el cardenal Lercaro de Bolonia sugirió a Frings tener una intervención en contra de esta decisión papal, y el cardenal alemán consultó con su perito, quien se lo desaconsejó: cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 108, lo cual contrasta con la ver-

También el teólogo calvinista Karl Barth –que había asistido al concilio como observador– lo veía en esta línea de continuidad: el Vaticano II estaba apoyado «con el pie izquierdo en estos [los siglos XVI y XIX, los concilios de Trento y Vaticano I], para caminar con el pie derecho en la dirección indicada por estos»¹²² mismos concilios que precedían al Vaticano II. Ratzinger se mostraba también optimista al respecto, a pesar de las evidentes dificultades: «No hay que olvidar que la Iglesia ha sido siempre la Iglesia, y que en ella se ha encontrado siempre el camino del Evangelio»¹²³. Quedaban todavía pendientes algunos temas. En la semana final de la cuarta sesión sucedieron otras intervenciones de Pablo VI (sobre la libertad religiosa, el ecumenismo y el anuncio del título «madre de la Iglesia» a la virgen María) que sembraron inquietud entre los padres conciliares más afines a los planteamientos de los obispos centroeuropeos. Fuera del concilio se magnificaron en exceso esas intervenciones de Pablo VI.

Pablo VI había proclamado a María madre de la Iglesia en un acto vespertino organizado en Santa María la Mayor el mismo día en que se clausuraba el concilio. En realidad sacaba la última consecuencia del último capítulo de la *Lumen gentium* sobre María¹²⁴. Ratzinger, que compartía una cierta perplejidad al respecto, emplazaba sin embargo a tener paciencia y esperanza¹²⁵, al mismo tiempo que recordaba el derecho del papa a intervenir en la elaboración de los textos conciliares, al menos como el de cualquier otro padre conciliar¹²⁶. Como indicó Alberigo, «el concilio se desarrolló durante dos pontificados distintos. Juan XXIII lo convocó e inauguró; Pablo VI lo aceptó, continuó y concluyó [...] se esforzó por alcanzar la unanimidad, intervino numerosas veces para moderar y atemperar las convicciones de la mayoría del episcopado y tuvo la fortaleza de llevarlo a cabo»¹²⁷.

Las consideraciones de Ratzinger terminaban con un balance de este tercer periodo. «Tal vez haya sido positivo que en los últimos días del tercer perio-

sión expuesta por L. DECLERCK, *Les réactions de quelques periti du Concile Vatican II à la Nota explicativa praevia* (G. Philips, J. Ratzinger, H. De Lubac, H. Schauf), en E. EHRET (Hg.), *Papstlicher Primat und Episkopat*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2011, 27-55). Nos queda además el testimonio de una carta del joven perito a Luthe del 9.11: «In des Gesprächen mit der Fakultät [in Münster] stelle ich fest, dass man hier die *Nota praevia* besser begriffen hat, als ein Teil der Durchschnittsmeinung in Rom es fertigbrachte, aber nun muss man eben versuchen das Beste aus dem Vorhandenen zu machen» (citado en N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings [1887-1978]*, II, p. 455).

¹²² K. BARTH, *Suivant la trace des conciles de Trente et de Vatican I?*, en *Entretiens à Rome après le Concile*, Neuchâtel, 1968, p. 48; citado en A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, p. 426.

¹²³ *Problemi e risultati del concilio vaticano II* (1966), Queriniana, Brescia, 1967, p. 157.

¹²⁴ Cfr. J.L. GONZÁLEZ NOVALÍN, *Juan Bautista Montini, una vida para el papado*, pp. 197-198.

¹²⁵ Cfr. «Introduzione» a *Problemi e risultati del Concilio Vaticano II*, pp. 15-16.

¹²⁶ Cfr. *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, 47 y 50; *Probleme der vierten Konzilsperiode*, Stodiek, Bonn 1965, 4-6. Sobre las opiniones marianas de nuestro teólogos, puede verse P. BLANCO, *María en los escritos de Joseph Ratzinger*, en *Scripta de Maria*, 5 (2008), pp. 309-334.

¹²⁷ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, pp. 190-191.

do del concilio hemos recuperado la consciencia respecto a todas estas cuestiones; nos hemos dado cuenta con claridad de la insuficiencia de todos nuestros intentos guiados tan solo por nuestra desmedida voluntad de triunfar. Por otra parte la sana vergüenza –se podría decir así– no ha sido el único resultado de dos meses de lucha en común por el debido testimonio de la verdad del Señor en nuestro tiempo»¹²⁸. En una conferencia pronunciada en Roma el 28 de octubre de 1965, el teólogo Ratzinger afirmaba que «brilla la esperanza –no sin fundamento– de que algo así como un método colegial empieza a desarrollarse»¹²⁹. Y concluía de modo elocuente: «Ante la pregunta: “¿qué queda del concilio?”, se podría responder con gran sencillez: “El concilio mismo”»¹³⁰.

IV. CUARTO PERIODO CONCILIAR (1965)

El 3 de septiembre de 1965, en la víspera de la reapertura del concilio, Pablo VI publicó la encíclica *Mysterium fidei*, en la que recordaba la doctrina católicas sobre la presencia real de Jesucristo en la eucaristía e insistía en la necesidad de usar el término «transustanciación». Unos días después, el 14, en la celebración litúrgica de la apertura del cuarto periodo, el papa no utilizó ni la tiara ni la silla gestatoria, para después anunciar el restablecimiento del sínodo de los obispos y su próxima visita a las Naciones Unidas el 4 de octubre de ese mismo año. A esto se sumaban las ya anunciadas novedades de la reforma de la curia, revisión del código de derecho canónico y profundización en la cuestión de la natalidad¹³¹. Sin embargo, los trabajos conciliares estaban lejos de considerarse por concluidos; todavía quedaba camino por recorrer y unos cuantos documentos por aprobar.

a) *El problema de las misiones*

«El cometido del futuro periodo de sesiones –había escrito Ratzinger al acabar el tercero– queda claramente establecido. Quedan por discutir solamente cuatro temas: libertad religiosa, ministerio sacerdotal, misiones e Iglesia y mundo. [...] Se podrán alargar las sesiones, a diferencia de 1964. La recogida de una cosecha ya en parte preparada es lo que principalmente caracterizará este periodo, aunque puede haber todavía sorpresas en dos de los cuatro temas en discusión –libertad religiosa y la Iglesia en el mundo contemporáneo– pueden estar todavía sometidos a vivas

¹²⁸ *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, pp. 82-83.

¹²⁹ *Probleme der vierten Konzilsperiode*, p. 6.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 15.

¹³¹ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 155.

polémicas»¹³². De manera que el concilio –en expresión de Ratzinger– «seguía en camino», si bien se había recorrido ya un buen trecho.

«El cuarto periodo de sesiones –comenta Schatz– hubo menos momentos dramáticos que en el periodo entre sesiones»¹³³. Aquel comenzó –«¡por tercera vez!»¹³⁴, exclamaba Ratzinger– con la discusión sobre la libertad religiosa. A pesar de la oposición de algunos padres conciliares, el texto propuesto fue aprobado en su sexta versión, y será después promulgado por el papa en medio de grandes aplausos. Recuerda también el teólogo alemán en el discurso «el talante del nuevo testamento, que consiste en el signo de la cruz, no en el poder terrenal»¹³⁵. Era este uno de los temas centrales del Vaticano II, en el que también un joven obispo polaco llamado Karol Wojtyła (1920-2005) iba intervenir con especial intensidad¹³⁶.

Quedaba también pendiente el decreto sobre las misiones, que había sido rechazado por haber sido considerado demasiado pobre en contenido¹³⁷. «Tras el rechazo de las proposiciones sobre las misiones de la tercera sesión –relata Wiltgen–, la tarea de preparar un nuevo esquema fue confiada a una subcomisión formada por cinco miembros de la Comisión sobre las misiones, elegidos por votación secreta. El P. Schütte, Superior general de los Misioneros del Verbo Divino, que había recibido la mayoría de los votos, fue designado presidente. La subcomisión seleccionó a sus

¹³² *Ergebnisse und Probleme der dritten Konzilsperiode*, p. 47.

¹³³ K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, p. 303. El 7.11 Frings interviene en el aula conciliar y, como consecuencia, «das Schema wurde dann im Sinne der vorgetragenen Kritik ungearbeitet, wobei Professor Ratzinger eigrif mitwirkte» (N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings [1887-1978]*, II, p. 434).

¹³⁴ *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 18.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 19.

¹³⁶ El 15.9 se discute en aula sobre los nn. 3-9 del texto, «der Professoren Ratzinger und Jenin deutlich erkennen» (N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings [1887-1978]*, II, p. 468). El 8.10 volverá intervenir con un texto preparado por Jedin, Teusch y «sobre todo» Ratzinger (cfr. *ibid.*, p. 560). Éste dirá por su parte que este nuevo concepto de libertad religiosa supone «el fin de la Edad Media, más aún de la época constantiniana». Pero el prolongado debate había merecido la pena. «Solo así fue posible que el texto definitivo aprobado el 7 de diciembre de 1965 tuviese tan solo setenta votos en contra y ocho abstenciones y, por tanto, un sí casi completo del concilio. Y no se puede afirmar que este texto haya perdido nada de lo que tenían las precedentes versiones. [...] Sigue afirmándose con fuerza que la Iglesia católica continúa considerándose el lugar concreto de la verdadera religión: “libertad religiosa” es un enunciado en el plano de la convivencia social y política de los hombres, que varía en nada la disposición del hombre hacia la verdad, sino que se refiere tan solo a su forma histórica de realización» (*ibid.*, p. 23).

En este periodo de sesiones se trataba sobre todo de realizar una serie de «retoques en los textos», pero no eran pocos: además de los mencionados, el referente a las religiones no cristianas y a los sacerdotes, la *Dei Verbum* y la educación católica, entre otros. El concilio había publicado dieciséis documentos en total y, prácticamente, había abordado todos los ámbitos de la vida e interés eclesiales. Mientras los concilios precedentes se habían impuesto la tarea de condenar herejías o poner orden en la Iglesia, el Vaticano II se propuso algo que ningún concilio anterior se había atrevido a hacer: renovar toda la vida eclesial (cfr. K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, p. 309). Frings intervino 7.11.64 y el 8.10.65 en el aula conciliar: AS III/6, pp. 374-379; cfr. T. WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, p. 203ss.

¹³⁷ Cfr. K. SCHATZ, *Los concilios ecuménicos*, p. 297.

propios *periti* (Ratzinger, teólogo personal del cardenal Frings, de Colonia, y el P. Congar), que prepararon los fundamentos teológicos del esquema»¹³⁸. Se trataba de salvar aquel texto sobre las misiones y la misión misionera de toda la Iglesia.

En el texto preparado por nuestro joven teólogo entre finales de 1964 y principios de 1965, se observa una buena fundamentación trinitaria, cristológica y eclesiológica. La fundamentación de la misión de la Iglesia se encuentra en la teología joánica de las misiones del Hijo y del Espíritu. El anuncio de la palabra de Dios pasa por la conversión de los pecados: «arrepentíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15). El bautismo hará así posible que nuestra babel se convierta en una verdadera pentecostés¹³⁹. Así, Ratzinger no se mostraba en esos momentos demasiado optimista respecto a la equiparación de todas las religiones, pues la Biblia muestra muy clara su lucha contra la idolatría. Solo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de Jesucristo salva.

Por eso la misión y las misiones siguen teniendo importancia en la actualidad, y más aún en un mundo en el que está triunfando la ideología que renuncia a la verdad y busca tan solo el poder. En este contexto, citará en concreto el marxismo¹⁴⁰. El esquema fue aprobado por una amplia mayoría, tras dos sucesivas correcciones, y promulgado el 25 de octubre de ese mismo año. Tuvo el mayor número de votos afirmativos obtenidos jamás por un documento conciliar¹⁴¹. El prestigio del joven *perito* iba en aumento. «El padre Ratzinger –comentaba Wenzer–, consejero del cardenal Frings, ha trabajado de manera muy eficaz y con mucha modestia en las distintas comisiones y como consejero de los obispos alemanes»¹⁴². El mismo Con-

¹³⁸ R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, p. 294; sobre la intervención de Ratzinger en estos documentos, véase Norbert TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings [1887-1978]*, II, pp. 455-457, p. 468. La traducción al inglés del texto latino titulado *Considerations regarding the theological foundation of the Church mission*, se encuentra en J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, pp. 285-291.

¹³⁹ Cfr. *ibid.*, pp. 287-291. Sobre el esquema preparado en otoño de 1964, tenemos el siguiente testimonio: «Das neue Dokument ist besser; hervorragende Theologen wie Congar und Ratzinger haben bei seiner Ausarbeitung eine bedeutende Rolle gespielt» (G. VALLQUIST, *Das Zweite Vatikanische Konzil*, Glock und Lutz, Nürnberg, 1966, p. 491). Si bien el joven *perito* no participó en la reunión del 12 al 25 de enero del año siguiente, por tener que cumplir con sus obligaciones académicas, sin embargo sí que dejó sus conclusiones por escrito: cfr. T. WEILER, *Volk Gottes-Leib Christi*, p. 229.

¹⁴⁰ Cfr. G. VALENTE, *Ratzinger professore*, p. 113. El trabajo fue intenso y efectivo; ahí pudo concentrar el joven teólogo todos sus recién incorporados conocimientos de teología de las religiones. «En seis capítulos, en parte muy detallados, [=el esquema] intenta dar un nuevo fundamento a la reflexión sobre la misión y determinar el modo en el que la misión debe seguir adelante» (*Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 59). Se trataba de crear un texto en sintonía con los anteriormente discutidos y aprobados, y que propusiera la tarea misionera como un cometido de toda la Iglesia, y no solo propia de la jerarquía o de ciertas instituciones (cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, pp. 158-159).

¹⁴¹ Cfr. R.M. WILTGEN, *El Rin desemboca en el Tíber*, pp. 296-298; T. WEILER, *Volk Gottes – Leib Christi*, pp. 202-205, pp. 231-234.

¹⁴² A. WENZER, *Chronique de la quatrième session*, Le Centurion, Paris, 1966, p. 284, n. 2.

gar, poco dado a elogios, añadía lo siguiente: «Menos mal que está Ratzinger. Es razonable, modesto, desinteresado y de gran ayuda»¹⁴³.

b) *El esquema XIII*

Quedaba todavía un último texto, que va a ser definitivo en la posterior hermenéutica conciliar. También el esquema sobre la Iglesia en el mundo moderno (el Esquema XIII, que dará lugar después a la *Gaudium et spes*) provocó grandes discusiones, una verdadera «lucha» –como la calificaba Ratzinger– que se prolongaría a lo largo de todo ese año. Algunos la consideraban la «obra maestra», la palabra definitiva del concilio¹⁴⁴. El esquema inicial de 1962 había sido rechazado de plano porque –según nuestro teólogo– se trataba de un texto excesivamente escolástico, «presentaba ya de antemano las respuestas, como si de hecho hubieran ya convencido»¹⁴⁵, además de una evidente falta de sensibilidad hacia posturas personalistas¹⁴⁶. «No era ni un texto bíblicamente exacto, ni estaba de acuerdo con el pensamiento actual»¹⁴⁷, concluye.

Era necesario por tanto un nuevo borrador con un estilo nuevo. La historia redaccional del esquema fue de este modo larga y compleja: tras la versión romana, vendrá una francófona –la de Malinas– y otra suiza, redactada en Zúrich¹⁴⁸. Algunos padres se habían referido a la falta de fondo teológico en el texto, que discurriría

¹⁴³ Y.-M. CONGAR, *Mon journal du Concile*, II, pp. 355-356: reunión 31 de marzo de 1965. Los temas se habían ido abordando, con tranquilidad y competencia, uno a uno. Quedaba sin embargo todavía algo pendiente. El cuarto de los grandes temas a los que Ratzinger se había referido era el sacerdocio ministerial. «Ahora el esquema sobre los sacerdotes ha eliminado la orientación exclusivamente sacrificial en la idea de sacerdote y parte, de modo diferente, de la idea de la asamblea del pueblo de Dios, de manera que el sacerdocio resulta concebido en primerísimo lugar con base en el dato fundamental cristiano, el evento cristiano, como servicio a la fe. [...] Esto significa que la eucaristía no es el acto centrado en sí mismo (*in sich ruhender*) de la consagración y del sacrificio que el sacerdote celebra, y para el que sea indiferente que los “laicos” participen o no. [...] La tarea del sacerdote consiste en prestar el servicio de un padre de familia, y pronunciar en favor de la familia de Dios la oración de la mesa de la cena del Señor, de anunciarle con la acción de gracias la muerte y la resurrección del Señor» (*Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, pp. 65-66). Se trata de una nueva imagen de la figura del sacerdote, tal vez algo menos clerical. Respecto al controvertido asunto del celibato sacerdotal, Ratzinger concluía con un prudente «se deberá examinar con tranquilidad este asunto» (*ibid.*, p. 67).

¹⁴⁴ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 126.

¹⁴⁵ *Probleme der vierten Konzilsperiode*, p. 7.

¹⁴⁶ Cfr. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, pp. 25-26.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 28. Puede verse también *Kommentar zu Art. 11-22 der Pastoralkonstitution über die Kirche in der Welt von heute*, en *Lexikon für Theologie und Kirche. Das 2. Vatikan Konzil* 3, Friburgo, 1968, pp. 313-354; *Das Menschenbild des Konzils in seiner Bedeutung für die Bildung*, en KULTURBEIRAT BEIM ZENTRALKOMITEE DER DEUTSCHEN KATHOLIKEN (Hg.), *Christliche Erziehung nach dem Konzil. Berichte und Dokumentationen* 4, Köln, 1967, pp. 33-65; «Iglesia abierta al mundo (entrevista con P. Rodríguez)», *Palabra*, 21 (1967), pp. 18-23. Frings interviene sobre este documento los días 24.9 y 27.10.65: AS III/5, p. 562s.; IV/2, p. 450s.

¹⁴⁸ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, pp. 126-127.

más bien en torno a una serie de consideraciones sociales y antropológicas¹⁴⁹. Según De Mattei, en este texto se entrecruzaban dos tendencias: una «optimista», francesa y teilhardiana centrada en el dogma de la encarnación por un lado, y otra más pesimista, germánica y afín a la doctrina luterana de la teología de la cruz y a los presupuestos teológicos de la obra de Karl Barth¹⁵⁰. Se requería por tanto completar este texto con una visión más teológica y positiva al mismo tiempo. Hacía falta una nueva versión.

Ratzinger ha dejado constancia de su opinión sobre el texto de otoño de 1965, que ocupaba un total de ochenta y tres páginas en su versión latina. Le parecía un texto excesivamente francés, algo teilhardiano y, según él, demasiado optimista e ingenuo¹⁵¹. Había además detrás de ese esquema no solo una antropología, sino una eclesiología distinta a la *Lumen Gentium*, en la que la dimensión vertical y teológica quedaba en parte silenciada, para subrayar la horizontal y puramente humana. «Casi como si el “pueblo de Dios” fuese [sin más] un grupo sociológico entre tantos, con los que al final busca la unidad»¹⁵². La Iglesia quedaba en cierto modo reducida a una mera institución humanitaria de alcance mundial. Ratzinger advertía que ciertos contenidos que se introducían en aquel momento estaban llevando a desvirtuar el contenido verdadero de la fe¹⁵³.

El portavoz de los obispos alemanes hizo alguna advertencia: «Frings pidió el 27 de octubre una mayor cautela en el uso de categorías como “mundo”, “progreso” y “salvación”»¹⁵⁴. Algo parecido habían manifestado otros padres, entre los que se

¹⁴⁹ Cfr. *ibid.*, p. 127.

¹⁵⁰ Cfr. R. DE MATTEI, *Il concilio Vaticano II*, pp. 411-412.

¹⁵¹ Cfr. *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 31, pp. 39-40; *Angesichts der Welt von Heute. Überlegungen zur Konfrontation mit der Kirche im Schema XIII*, en *Wort und Arbeit*, 20 (1965), pp. 439-504. Tampoco calla el joven perito sobre lo que él entiende como graves defectos de planteamiento del texto conciliar: se trataba de un texto excesivamente antropológico y demasiado poco cristológico. «En el fondo, [...] se abandonaba en el frigorífico lo que le resulta propio –el hablar de Cristo y de su obra–, por considerarlo una conceptualidad congelada y, por tanto, se presentaba de un modo todavía más incomprensible y anticuado respecto a lo que ya es comprensible por la simple razón». Según él, en ese anterior borrador «la fe se presentaba como una especie de oscura filosofía sobre cosas acerca de las cuales no se sabe nada» (*Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 34).

¹⁵² *Ibid.*, p. 36.

¹⁵³ Cfr. *ibid.*, pp. 76-77; J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, p. 8, pp. 79-81. Reconocía a su vez los logros del documento. «Ha sido mérito del proyecto conciliar localizar este problema y haber buscado una forma nueva, no autoritaria, de hablar con el hombre. Sin embargo, se debería haber diferenciado entre anuncio y diálogo» (*Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 38). No todo podía ser un diálogo ajeno a la verdad; de hecho, la mejor garantía de diálogo es ella misma: supone una plataforma común, con más solidez que el mero consenso. La propuesta de una ética mundial tenía su sentido, si bien en ocasiones el texto aparecía influido por el mencionado teilhardismo, es decir, de un excesivo entusiasmo por la ciencia, la técnica y el mito del progreso. La utopía teñía en cierto modo esas páginas.

¹⁵⁴ A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, p. 312; cfr. *Acta Synodalia S. Concilii Oecumenici Vaticani II*, III/5, Typis Poliglottis Vaticanis, Ciudad del Vaticano, 1974, p. 532. Sobre el discurso de Frings, escribía Semelroth: «Die [Intervention] von Kardinal Frings hat Prof. Ratzinger gemacht»

contaban también Döpfner de Múnich, König de Viena, Höffner de Múnster, así como Karol Wojtyła¹⁵⁵. Esta reacción dará lugar al llamado «documento de Ariccia», que se acercará bastante más a la versión final aprobada por los padres conciliares¹⁵⁶. La carencia denunciada vino a ser colmada con el «final cristológico» que presenta cada uno de los capítulos de la *Gaudium et spes*: Cristo está en el centro del misterio del hombre. Con esto se trataba –en opinión de Ratzinger– de «descubrir esta vocación a Cristo en lo más profundo del corazón humano, para hacer así capaz al hombre de escuchar la llamada de Cristo: he aquí la voluntad más profunda del concilio»¹⁵⁷.

Tuvo además una aportación concreta. Ratzinger era miembro de la subcomisión cuarta, encargada de revisar el capítulo tercero sobre la actividad humana en el mundo. Pero fue llamado también para revisar el número 9; contribuyó con un largo párrafo de 370 palabras, que daría después lugar a un nuevo número: el 10¹⁵⁸. En estas líneas, proponía que el ser humano podía hacer frente a las ideologías si atendía a una llamada divina, que superaba sus propias posibilidades. Jesucristo trae consigo el reino y ofrece las respuestas definitivas a los interrogantes humanos. La Iglesia entabla el diálogo con el mundo a la luz de la gloria de Dios que se refleja en el rostro de Jesucristo (cf. 2Co 4,6). «Por tanto, la Iglesia invita a todos los pueblos a escuchar el mensaje que ella ofrece con la fe, y quiere escuchar todas las preguntas y respuestas de aquellos con quienes forma una sola raza y una única historia»¹⁵⁹.

(O. SEMMELROTH S.J., *Tagebuch am 24. September 1965*, citado en N. TRIPPEN, *Josef Kardinal Frings [1887-1978]*, II, p. 473).

¹⁵⁵ Cfr. *Acta Synodalia S. Concilii Oecumenici Vaticani II*, IV/2, pp. 660-663; R.M. WILTGEN, *El Rim desemboca en el Tíber*, pp. 290-293.

¹⁵⁶ Cfr. G. RICHI ALBERTI, *Karol Wójtyła: un estilo conciliar*, Publicaciones San Dámaso, Madrid, 2010, pp. 308-311.

¹⁵⁷ *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 58.

¹⁵⁸ Texto original en latín en J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, pp. 309-310.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 310. En un comentario posconciliar al capítulo segundo (*Kommentar zu Art. 11-22 der Pastoral-Konstitution über die Kirche in der Welt von heute*, en *Lexikon für Theologie und Kirche. Das 2. Vatikan Konzil* 3, Friburgo, 1968, pp. 313-354), el profesor de Tubinga se refiere al conocido concepto de «signo de los tiempos» con la siguiente pregunta: «¿no es con Cristo como verdadero “signo de los tiempos” la verdadera antítesis de la normatividad de Cronos, como [el concilio] habla de la expresión *vox temporis?*» (*ibid.*, p. 313). Alude allí al *Ariccia-Text*, en el que no aparecía tan clara esta unión de Cristo como consumación del Cronos escatológico. Tras recordar las dimensiones trinitaria y cristológica presentes en el texto conciliar (cfr. *ibid.*, pp. 313-314), recorre los misterios de la persona humana como imagen de Dios, de la realidad del pecado, de la existencia de la verdad y la dignidad de la razón, de la libertad y de la muerte, del ateísmo y del anuncio de Cristo a este mundo (cfr. *ibid.*, pp. 315-350). En fin, llega al famoso texto de GS 22, en el que propone a Cristo como nuevo hombre. Tras destacar el cristocentrismo del texto y su condición como único Mediador, recuerda como Cristo se dirige al Padre al pronunciar el *Abba, Pater!* (cfr. *ibid.*, p. 354; T. ROWLAND, *La fe de Ratzinger. La teología del papa Benedicto XVI*, Nuevo Inicio, Granada, 2009, pp. 65-93). No vemos tan claras sin embargo las interpretaciones de J.A. KOMONCHACK, *Interpreting the Second Vatican Council*, en *Landas*, 1 (1987),

c) *Los frutos del concilio*

«Los servicios del profesor Ratzinger como *peritus* del concilio Vaticano II –re-capitula Wicks–, en colaboración con otros miembros del concilio, lleva a los principios fundamentales sobre la revelación por parte de Dios, sobre el destinatario humano de la palabra de Dios, de la Escritura inspirada, y de la misión de la Iglesia en medio de la familia humana a la que Dios envió a Cristo y al Espíritu»¹⁶⁰. Estos constituían los frentes abordados. Quedaba alguna novedad más. El 7 de marzo de 1965 Pablo VI celebraba por primera vez la eucaristía en italiano –es decir, en lengua vernácula– en una parroquia romana; sería un primer gesto, fruto de la reforma litúrgica¹⁶¹. El 18 de noviembre se aprobaba la constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Escritura en la vida de la Iglesia y el decreto sobre el apostolado de los laicos, a la vez que se cambiaba el nombre del Santo Oficio por el de Congregación de la doctrina de la fe¹⁶².

Vino entonces la serie final de textos aprobados: sobre los obispos y los sacerdotes, las misiones, las religiones o la relación de la Iglesia con el mundo. Así, el 7 de diciembre se aprobaban algunos textos más, incluida la constitución pastoral *Gaudium et spes*¹⁶³. «Cuando el 7 de diciembre fueron aprobados estos últimos cuatro textos [...] –recordaba Ratzinger–, un espíritu de alegre gratitud invadió a los obispos reunidos por última vez en asamblea conciliar en San Pedro. Se advirtió un desbordado ambiente de alegría cuando al final se abrazaron y se intercambiaron el ósculo de la paz»¹⁶⁴. Había llegado el momento de la exultación. Una vez recuperado el silencio, se leyó el texto común de Pablo VI y el patriarca de Constantinopla, en el que se levantaba la recíproca excomunión de 1054. Era un obstáculo menos para la unidad entre católicos y ortodoxos.

En la mañana del 8 de diciembre, solemnidad de la inmaculada concepción de María, una multitud de trescientas mil personas se reunían en torno a la plaza de San Pedro, a pesar de no ser un día espléndido. Mientras todas las campanas de Roma repicaban al unísono, una larga procesión de padres conciliares precedía a Pablo VI, quien estaba sentado en la silla gestatoria para poder ser visto por todos. En la homilía, el papa recordó la relación entre la encarnación –Dios se hace hombre– y la divinización del cristiano: el hombre se hace como Dios. Eran estas las bases del

pp. 81-90; L. BOEVE, *Gaudium et spes and the crisis of the modernity: the end of the dialogue with the world*, en M. LAMBERIGTS – L. KENIS (eds.), *Vatican II and its legacy*, Leuven University Press, Leuven, 2002, p. 90; N. BOYLE, *On earth, as in heaven*, en *Tablet*, 9 (2005), pp. 12-15. Pero indudablemente el debate sigue en pie, y es posible que lo siga durante varios años más.

¹⁶⁰ J. WICKS, *Six Texts by Prof. Joseph Ratzinger as peritus before and during Vatican Council II*, p. 253.

¹⁶¹ Cfr. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, p. 149.

¹⁶² Cfr. *ibid.*, p. 164.

¹⁶³ Cfr. *ibid.*, pp. 164-165.

¹⁶⁴ *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 71.

diálogo entre la Iglesia y el mundo¹⁶⁵. Ese día de la clausura del concilio, se abrían sin duda nuevos tiempos para la Iglesia. Los logros del concilio –según Ratzinger– eran también evidentes, y se encontraban en perfecta continuidad con la enseñanza de la Iglesia a lo largo de los siglos¹⁶⁶.

Georg, el hermano del joven teólogo había viajado a Roma con el coro de niños cantores de la catedral de Ratisbona que dirigía desde hacía poco, y dio un concierto al que asistieron todos los padres conciliares¹⁶⁷. El balance era provisional y prometedor al mismo tiempo. «Por citar tan solo los resultados teológicos de mayor importancia –valoraba Ratzinger–, el concilio ha insertado de nuevo, en el conjunto de la Iglesia, una doctrina del primado que antes aparecía peligrosamente aislada; ha integrado asimismo la mentalidad jerárquica aislada en el misterio único del cuerpo de Cristo; ha vinculado de nuevo una mariología aislada en el conjunto; ha hecho que la liturgia sea, de nuevo, accesible y comprensible. Y con todo esto ha dado un valeroso paso adelante en el camino de la unidad de los cristianos»¹⁶⁸.

O dicho con otras palabras y de un modo más breve: «Si tuviera que citar algunos aspectos fundamentales, resaltaría la importancia que se concede a la Biblia y a los padres de la Iglesia; la nueva imagen personalista del hombre; la afirmación sobre la esencia de la Iglesia; el acento ecuménico y, en fin, la intuición fundamental de la renovación litúrgica»¹⁶⁹. Ante todo y más allá de consideraciones académicas, el joven perito extraía consecuencias de permanente vigencia, para su tarea teológica y para su misión como pastor: «La fe de quienes tienen un corazón sencillo –añadía– es el mayor tesoro de la Iglesia; servirla a ella y vivirla es el cometido más alto de la renovación eclesial»¹⁷⁰. Aquí se encuentra el futuro de la Iglesia, concluía

¹⁶⁵ AS IV/7, p. 658.

¹⁶⁶ Cfr. C. CREMONA, *Pablo VI*, p. 247.

¹⁶⁷ J. CATALÁN, *De Joseph Ratzinger a Benedicto XVI*, p. 352.

¹⁶⁸ *Teoría de los principios teológicos*, p. 443.

¹⁶⁹ *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro, Madrid, 1995, p. 118.

¹⁷⁰ *Die letzte Sitzungsperiode des Konzils*, p. 77.